

EL LIBRO DE LA NAVE DORADA

EL LIBRO DE LA NAVE DORADA



ALCIDES SPELUCÍN



instituto nacional de cultura

colección del rescate

ALCIDES SPELUCÍN

EL LIBRO DE LA NAVE DORADA / alcides spelucín



Alcides Spelucín

EL LIBRO DE LA NAVE DORADA



instituto nacional de cultura

primera edición: 1986

copyright de esta edición: instituto nacional de cultura

ancash 390

lima-1

perú

cuidado de la edición: juana iglesias

carátula: octavio santa cruz

colección del rescate

PALABRAS PROLOGALES

I. Aleluya invocativa

¡Almas tropicales, tórridas pupilas anegadas de luz, nervios templados en las fraguas del sol, frentes erguidas hacia el dombo cálido del americano cielo, pensamientos frenéticos y caniculares que anunciáis ya el galope de la raza futura, glebas enardecidas de entrañas pródigas y virginales, mares tibios, caldeados por el cotidiano beso solar, venid a sentir, por milagro del arte, el jadeo de vuestro fuego, venid a palpar la recia encarnadura luminosa y musical de vuestro Expresador. Este verbo espejea vuestra ardida maravilla; esta voz concreta, articula en su registro vuestro cósmico mensaje, tan esperado por las otras razas. Al fin, América, el porvenir ha cansado a los siglos y he aquí tu hijo amasado con la ganga de tus tierras y abrigado en lo más hondo de tu axila materna! ¡Pon la oreja atenta a los primigenios vagidos sinfónicos de tu criatura bienamada. Esta vez el ruiseñor de la selva ha levantado su tienda trashumante en los mástiles de las barcas románticas y sobre los lomos de las olas aladinescas. Simbad el Marino, que ha fatigado a la aventura cruzando todos los caminos azules, coge la lira y devuelve en canciones todo lo que a su corazón donóle el trópico alucinado!

¡Este varón vertical ha nacido en donde también el sol se verticaliza como en ninguna otra tierra. Versos verticales y lumínicos que caen desde el zenit sobre la abatida tropa humana del otro lado del mar, angustiada y desguarnecida, después de haberse desgarrado el costado fraterno a dentelladas feroces. Caen estas voces zenitales como agua lustral y purificadora sobre este vil rebaño sangrante que ha perdido su fe en la libertad y en el pensamiento, y que sólo espera el reben-

que de los caporales del imperialismo que hacen en sí mismos la exaltación apoteósica de la violencia, de la espada y de la fuerza!

¡Con estos heraldos radiantes entras, América virgen, en los senos de la historia nueva, para decir, a las otras razas, tu mensaje de justicia, de amor, de belleza y de salvación!
¡El espíritu ha comenzado a hablar por boca de tu raza!

¡La misma lengua que vibró de esperanza y de fe en la "Pinta" y en la "Niña", va a descubrir, también, la otra América que yacía sellada y hermética, acechando la explosión de su diana!

¡Salve Mater admirabilis!

II. Hacia el escenario público

El capricho de la fortuna —jazarosa y arbitraria, la muy mujer!— me ha concedido un raro privilegio: el de tomar de la mano a dos de los más fuertes espíritus de mi generación para cruzar la antesala inédita de la poesía, balbuceada apenas en la intimidad admirativa y fraterna, o a lo más, desterrada y vergonzante, con el gorro del rubor sobre la testa juvenil, en las columnas fenicias de los diarios peruanos, ceñida miserablemente entre el aviso de una zapatería y el anuncio de salchichas y jamones frescos —pongamos por caso—, para asomarse después ante el público, ya en la morada digna, pero onerosa del libro que no se vende o que se vende poco. Uno de ellos, el poeta Vallejo, el indio de "Trilce", excesivo y potente como las jorobas audaces de los Andes. El otro, este gran señor del trópico y de los mares, que, negado el tiempo de arrojó y de grandeza para su arrebató, ha podido ser sólo el filibustero de los crepúsculos y el lírico pirata de la luz y de los fuertes y tórridos colores.

En ambos trances gloriosos mi mano ha temblado de amor y de estupor al destacar hacia el primer plano del escenario las siluetas de los triunfadores del tiempo y de la muerte que aventaban por vez primera la gavilla de sus cantos. ¡Sálvenme ese amor y ese estupor, y sálveme, sobre todo, el azar que me hizo vivir tan cercano a los dos milagros melo-

diosos! ¡He creído y he querido cumplir mi deber lo más alto y noblemente que pude! ¡Estad seguros de que no pude más!

Tuve otro privilegio todavía: el de asistir cotidianamente, paso a paso, al romper de cada alba y al plegarse el broche de cada tiniebla, uno a uno, al jadeo sementador y prolífico, de estos estremecimientos que han asentado su morada en cada página.

Hermano incorporado a mi costado más puro y más íntimo; hermano incrustado a mi entraña más veraz y más diáfana. ¡Tantos años ha melificado su bondad ante mis pasos; tantas veces la solicitud casi materna de su cariño apartó con discreta ternura la espina que debió herirme y siempre la delicadeza de su sensibilidad moral, delicadeza como el fiel de una balanza de precisión, que no se alteró ni falló por jamás de los jamases. Y todo ello dentro de mi vida arrebatada, dentro de la violencia de mi sangre áspera que no siempre supo guardar, como él, el inaudito equilibrio y la justeza de su buena y cálida serenidad!

Potente filibustero de crepúsculos y de barcas rosas, es, además, mano piadosa y pródiga de dineros que no abundan en sus cofres claveteados líricamente. Yo sé de cierta anécdota —¡y también categoría ética de las más puras!— en que unas monedas pacientemente ahorradas para el soñado viaje al extranjero, escape de la esperanza juvenil hacia la ilusión, fundiéronse, crepitantes de caridad, un día negro y de dolor excesivo ante los pies yertos de un féretro. ¡Buen dinero, caliente dinero ese que sirvió para mercar el pasaje de una fúnebre vida hacia la eternidad!

Pero el viaje de la esperanza juvenil hubo de realizarse siempre, a pesar del heroico sacrificio. Abriéronse y multiplicáronse las puertas como se abren y se multiplican siempre al paso encendido de todos los buenos. Y unos meses más tarde se fue en uno de esos barcos que tantas veces cantara alucinado, hacia una rada que su fe suponía "más serena y más quieta"; se fue dejando prendida a mis pupilas una acre lágrima tenaz que no pude arrancarme del todo hasta su retorno.

Fue esta época la de las supremas embriagueces dionisíacas. Arrogante el ademán, socrático el gesto, libre y potente

el corazón; audaz, voraz, volador el pensamiento; presta y pródiga la mano; estuporado y erguido, como una torre celeste, el espíritu; concreto, luminoso y heroico el destino; encendido y magnético el paso; justiciero, veraz y claro el propósito; permeable, férvido, honesto y humilde el pecho. Los cantos brotaban espontáneamente de su fuente pristina; más bien todas las palabras eran canciones.

Era el coro moceril de la clara esperanza, de la melodiosa canción y de la nueva vida. Allí Alcides Spelucín, allí César Vallejo, allí Oscar Imaña, allí Eloy Espinosa, allí Juan Espejo, allí Víctor Raúl Haya, allí José Eulogio Garrido, allí Macedonio de la Torre, allí Federico Esquerre, allí también nuestro visitante de algunos meses, Juan Parra del Riego, que luego fue a cantar y a morir melodiosamente en Montevideo; allí todos los demás, cada uno con su esperanza y con su futuro, pero todos con el amor purificado y acendrado en las pruebas más ásperas.

El remanso de la ciudad aldeana cobijaba a tanta y tan disparada inquietud moza. La tarde nos reunía casi siempre para no separarnos hasta muy entrada la noche, y a veces, hasta muy entrado el amanecer. Veladas prolongadísimas que se quemaban, con extraordinaria premura. Entonces no sentíamos la sucesión, ni el caminar fragoroso de las horas. Suprimíamos el tiempo.

Pronto en estas veladas el ambiente quedaba saturado de pensamiento crepitante y, a veces, de un hálito emocional que se calaba hasta el hondón de nuestras almas. El contagio era inevitable. Una suerte de lazo magnético o fluidico nos unía a todos en un circuito o conjunto integral sin que nos lo propusiéramos. Era insoportable a nuestra sensibilidad todo artificio, toda fórmula protocolaria, toda exhibición vanidosa y pedantesca, toda frívola y mentirosa baladronada. El que lo hacía estaba perdido, y si no enmendaba su yerro, pronto se operaba una tácita y salvadora selección. Habíase constituido de ese modo espontáneo y sutil una especie de tribunal ético en el que cada uno éramos los juzgados y los jueces, a la vez. Este poderoso control nos seguía y nos ha seguido siempre en toda la trayectoria de nuestra vida. Podíamos desafiar la hos-

tilidad y el estigma de todo un pueblo, pero éramos incapaces de soportar la desaprobación de este tribunal, cuyos fallos sabíamos que eran la expresión de la más ancha, de la más generosa, pero también de la más inexorable justicia.

Esta circunstancia tan pasmosa por sencilla y hasta por pueril, disciplinó poderosamente nuestra conducta y, sobre todo, nuestra moralidad individual.

Así aprendimos que era preciso vivir conforme a nuestros pensamientos, sin traicionar jamás a nuestra intimidad. Todos éramos catecúmenos y maestros y, a la vez que aprendíamos de los otros, dábamos también sin reservas de lo nuestro. Creo, porque me he convencido de ello, que esta es la única docencia viva. Cada hombre es portador de una revelación que no le pertenece, sino que pertenece a los demás. Lo sé por mí mismo, porque si hay algo de vigoroso en mi pensamiento personal se lo debo a la enseñanza de estos hermanos míos que han sido y lo son para mí una constante revelación cotidiana. Muy poco es lo que puede alumbrar un hombre por sí solo; muy poco es lo que trae intrínsecamente suyo. Fuerza es que se agarre a las realidades luminosas de los otros y que aprenda a ser humilde.

En estas veladas, como he dicho, se generaba una intensa espiritualidad. Vivíamos una vida mental realmente noble y superior. Mentes lúcidas y curiosas todas, cada una aportaba un alcance y una luz nuevos. Así nos reeducamos y nos adueñamos de disciplinas espirituales que la escuela y la universidad no nos supieron dar. Así se explica que sin cultura previa y sin maestros, pudiéramos vivir al día con el pensamiento contemporáneo más avanzado.

Pero esta era la faz interna, disciplinaria y doméstica puede decirse. Nuestra vida tenía, además, una faz expansiva, contagiante, objetiva sobre el público. No queríamos resignarnos a hacer vida de "torre de marfil" y de cenáculo. Nos parecía mezquina, egoísta y estéril. Era preciso salir de nosotros mismos, y salimos.

Como no éramos, como no podíamos ser conformistas, porque hubiera sido la negación de nosotros mismos, tuvimos que chocar con todo y con todos. Las instituciones, los po-

deres públicos, las convenciones sociales, la universidad, la plutocracia explotadora e insolente, las mentiras consagradas, las rutinas de clase, la falta de honestidad y de honradez, el servilismo rebajado, la expoliación del trabajador, el burocratismo, la política profesional, la ignorancia presuntuosa, etc., etc., hubieron de sufrir en carne viva nuestros ataques. Por caminos invisibles y casi providenciales llegó un momento que tuvimos la prensa en las manos. ¡Poderoso instrumento de lucha! Lo usamos sin embargo con una probidad insospechable. En las horas de mayor ímpetu pasional supimos guardar siempre una digna e íntegra mesura. Nada que fuera extraño o superfluo a nuestro ministerio de espíritu. La lucha comienza en La Reforma, continúa en La Libertad, culmina en El Norte. Diez años de vida enérgica y de docencia combativa. Los intereses, las vanidades y las rutinas heridas alzaronse airadas ante tan resuelta actitud pugnaticia. Calumnia, difamación, rencor, agresión material y cobarde, leyenda oscura y nefanda a media voz. Pero la obra se hacía y nuestras almas se templaban en el fragor. La miseria y el desprecio rondaron alrededor de muchos de nosotros. Pero no hubo ninguna flaqueza, no se produjo ninguna claudicación vergonzante.

Los frutos de esta empresa idealista no es hora aún de palparlos en toda plenitud; sólo el tiempo se encargará de decirlo. En una sociedad en que todo se cotizaba, se supo por primera vez que hay algo que es inaccesible al dinero y que es posible: vivir plenamente las ideas. Bastaría esta lección.

En este ambiente moral e intelectual comenzó a vivir y a cantar el poeta.

Luego un día partió, como lo dijimos, hacia extranjeras tierras. Hizo escalas de ensueño y también escalas de dolor. Sus cartas nos traían el drama de su corazón. Ecuador, Panamá, Centro América, Cuba y, luego, Estados Unidos. En La Habana vivió un tiempo largo. Sufrió, amó, trabajó para el pan y, sobre todo, cantó para el espíritu. Después un salto hasta Nueva York, la babélica urbe de monstruosos y voraces tentáculos, en que se confunden y trasudan todos los instintos, apetitos, vicios y concupiscencias

cosmopolitas; en ese enorme contubernio humano, en que impera el dólar como un Dios.

El poeta cae en pleno Wall Street, inmenso cauce rubio de oro, colmado por millones de cadáveres, de angustias, de lágrimas y de tragedias anónimas. Empresario mundial, que ya no se contenta con haber proletarizado al hombre, sino que está proletarizando naciones enteras que trabajan para su esplendor y que las ha esclavizado con su dinero.

El corazón lírico del mozo constata también, como aquel otro grande corazón de Nicaragua, que "tras la Quinta Avenida, la miseria va vestida de dolor, dolor, dolor", y siente apretársele el espíritu de frío. La insolencia de este progresismo materialista que llega hasta la fiebre, por fuerza había de desgarrar el corazón piadoso del poeta. Más aún, cuando tuvo que prestar él también, las manos para la dura tarea y ser uno de los innumerables explotados dentro de un capitalismo monstruoso que había llegado a crear la técnica más hábil para exprimir los jugos vitales del hombre hasta el agotamiento en la forja frenética de millones.

Retornó a La Habana y allí comenzó a recibir los mensajes de la tierra amada que le exigía la restitución de su presencia. Un día colmado de nostalgia hinchó sus velas líricas y navegó hacia la "rada más serena y más quieta" de su solar materno. Su alma no había envejecido; los dolores y el lodo de la ruta habíanlo vigorizado. Su alma pura venía con mayor confianza en los valores puros de la vida.

En Lima una tarde sorpresiva, sin aviso previo y sin espera, casi de súbito, el azar nos puso uno frente al otro. ¡Cuánta vida y cuánto drama representaba para mí la presencia del hermano que creía lejano! Abriéronse cálidos nuestros brazos para la acogida y apenas pudimos balbucir algo. ¡Teníamos tanto que decirnos, teníamos tanta sed de nuestras presencias!

Al regreso, en la aldea bienamada ya no estábamos todos. La vida había dispersado algunos por distintas rutas, pero el núcleo estaba allí. Reanudamos, como antes, el ágil diálogo socrático.

La fiesta espiritual era sobre todo para mí. Con ninguno de los demás mi pensamiento y mi vida interior fluían más enteros. La cultura, la comprensión universalista, la curiosidad y la bondad del poeta enardecían y acrecían mi actividad mental. Nada le es extraña a esta emersoniana inteligencia que llega a todo con ardiente simpatía. Conciencia tan difundida en la anchura del universo, que semeja un penetrante y sutil registrador cósmico. Todos mis pensamientos y mis creaciones, antes de recibir el primer golpetazo de luz, se han puesto en contacto con el cálido costado de este hermano mío. Hombre que sabe salirse tanto de sí mismo hasta amar y comprender generosamente la obra de los otros. ¡Cuántas horas inolvidables hemos hecho juntos el viaje maravilloso del pensamiento! El alcance de nuestras pupilas se multiplicaba y llegábamos a ciertos vislumbres que aislados no habríamos podido lograrlo.

Nadie podría hacer con más amor este prólogo que yo, y también nadie con más imparcialidad, aunque suene a paradoja. El me sabe insobornable ante la obra estética y no hay fuerza en el mundo que me obligue a atribuirle excelencias que no existen. El amor auténtico no miente porque se rebajaría, pero nadie ve con más hondura, nadie revela con más claridad, ni nadie como él descubre lo que está oculto y vela para los otros. ¡Que mi amor asista siempre a mi conocimiento al escribir estas páginas!

III. Categorización estética

Para comprender en su cabal significado la categoría estética de este libro, es preciso advertir que estas páginas corresponden sólo a la primera etapa de la vida del poeta. Es la voz del niño que revela el primer estupor virginal ante la vida que irrumpe en su corazón. La pupila se emborracha de luz y de color y su sensibilidad se pasma ante el milagro de la forma. Se diría un pintor o un escultor que canta. La forma, he ahí el camino por donde el poeta llega al Conocimiento, a su conocimiento del Mundo. Su estética es una estética formal;

una estética del volumen y de la extensión concreta. Una expresión griega, parnasiana, apolínea, gráfica, si cabe.

Es difícil encontrar una mirada que persiga con tan fina voluptuosidad el ritmo de la línea, del contorno, del trazo objetivo y casi táctil de las cosas. No es la fría y monótona descripción que fatiga a fuerza de detalle. Una palabra, un adjetivo, una frase le bastan para entregarnos palpitante de luz el esplendor estético de la forma.

Pero no es esa voluptuosidad intelectual y fría del parnasiano que no traspasa el sobrehoz o la percepción externa y visual de las cosas. Es un alma tremante y efusiva que se sirve de la forma como un instrumento o símbolo de su pasmo lírico. La forma es sólo una metáfora de la realidad y por eso el poeta metaforiza con ella sus más profundos estados anímicos, hasta tal extremo que alcanza a veces a "formalizar" emociones abstractas. Tiene del parnasiano el amor acendrado de la línea, del color y de la luz; y tiene del lírico el pasmo y estremecimiento dionisiacos. Rara vez se han concordado estas dos aptitudes que parecen divergentes y exclusivas entre sí. El poeta es la unidad viva y la armonización integral de ambas. Es la ecuación resuelta de los dos términos que con frecuencia se antagonizan y se niegan.

Es el poeta del sueño de Maya, pero como manifestación humanizada del Espíritu y de las Esencias. No la forma "per se", aislada, la forma por la forma misma, sino el esplendor musical de la forma como traducción, como estado transitivo, como mediatización del ser y del pensamiento en sí. En esta poesía la forma no devora al espíritu sino que le sirve de vehículo revelador.

Este equilibrio le imprime precisamente su carácter singular, su categorización estética. Mientras que para otros la forma lo es todo, para él es una manera de acercarse a la esencia, un simple camino de conocimiento. Así la forma no es una cosa muerta, petrificada y definitiva; es un instrumento, un vehículo y una revelación de la vida. Detrás del sueño de Maya, del fenómeno, están el noumeno y las esencias puras. Es el misticismo de la forma aunque se crea paradójico.

En el pensamiento vulgar sin hondura metafísica y trascendente, la forma se desplaza de su ejercicio funcional, de su fin cósmico, hasta hacerse negativa y ciega. Es el materialismo estético de cierto arte que no comprende que la realidad concreta es una simple metáfora. Este es el parnasianismo que destacó el valor decorativo como valor estético supremo. Es el positivismo literario, que corresponde a ese positivismo científico y filosófico que no acepta más instrumento de conocimiento que la experiencia. Nunca se estrechó y se rebajó hasta tal grado el espíritu del hombre que en el ciclo del positivismo, que desechó tanta luz y tantas revelaciones vitales. Fue el otro extremo del racionalismo idealista que nos escamoteó la realidad objetiva hasta considerarla como una alucinación.

Pero históricamente ambos han sido necesarios para que sea posible la realización de una armonía vital en el espíritu del hombre.

Esta armonía se ha producido estéticamente, en esta poesía casi infantil por el vigor y la frescura de su visión, en que el espíritu va hacia la forma y la forma va hacia el espíritu.

En César Vallejo, la categoría estética es la virginización técnica del verbo para que se adaptara a la virginidad de su visión. En Alcides Spelucín, la realidad estética categórica es la virginización formal de las cosas, o mejor, la virginización funcional de la forma que está siempre petrificada y yerta para el ojo vulgar. Por eso, mientras el uno es un revolucionario de la retórica, el otro es un revolucionario del significado vital de la forma, como presencia real y objetiva. Y es curioso constatar, que mientras el revolucionario de la forma estética deja intactas las formas de la realidad objetiva; el revolucionario de la representación funcional de las formas objetivas deja intactas las formas tradicionales de la estética.

He aquí dos puertas por donde es posible vislumbrar, tal vez, el destino remoto, pero inexorable y fatal, de una América, hermética todavía, pero que ha comenzado a organizar su verbo para el grito de la revelación.

IV. El trópico y el mar como ambientes poéticos
Luz, color, música

El gran protagonista de esta poesía es el mar; el mar tropical, ardiente, luminoso y alucinado. Mejor dicho, el mar es la metaforización de este lirismo, deslumbrante como un saetazo de luz. En él encuentra el símil, la metáfora, la imagen y la objetivación de su estremecimiento interior y efusivo. Es el espejo y el vehículo plasmable de su fervor estético.

No conozco una idealización más rica del mar que la de este libro. El mar es y ha sido siempre el ambiente natural más parco y monótono para la imagen y la metáfora. Ha sido la materia poética de composiciones aisladas y sueltas pero rara vez el personaje central de toda una obra poética tan bien organizada, trabada y rica como ésta. Es preciso verla realizada para convencerse y comprender una vez más, que la sensibilidad del artista lo es todo. En este aspecto Spelucín no tiene par en América.

El poeta nace a la emoción marina. Cuando sus pupilas rompen la tiniebla del seno materno, al clarear de la primera aurora, lo primero que percibe es el estuario infinito de su libro. La inmensa llanura misteriosa de rutas innumerables, donde se abrazan todas las culturas, todas las civilizaciones y los hombres de todas las razas hacen un llamado irrevocable a sus pasos viajeros. Su alma niña, a la luz recién nacida de los cielos remotos, a los feéricos crepúsculos del Oriente, siente la atracción perentoria, la saudade magnética y fascinante de comarcas ignotas, de urbes trepidantes y radiosas, de cálidas bahías de ensueño. Quiere hollar los lomos turgentes de todas las ondas que se abren a sus pies y que traen el ritmo de azules y encantados parajes. ¡El mar, siempre el mar, el mar dilectísimo que acuna melodiosamente al mundo, con su eterna romanza!

Una y otra vez la riqueza emotiva del artista siempre encuentra motivos para animar y humanizar el camino de todos los caminos. Esta emoción marina, esta viajera pertinaz arma su aduar de ensueño en las playas más inhóspitas y desnudas. El poeta también, como toda la cohorte de romeros

celestes, quiere nombrar con su verbo a esta esfinge móvil y melodiosa que nada articula. Enbiesta su gonfalon lirico y despliega sus nervios para modular el grito musical que se cuaja desde toda eternidad en esas entrañas brunas de piel verdeazulada. Los barcos no solamente han de ser vehiculos de mercados y de codicias; lo son, también, de cantos, de lágrimas, de ternuras, de pensamientos y de melancolías.

Oigamos al poeta:

Fletados de crepúsculo, de los muelles de Oriente zarpan a la hora sexta muchos barcos divinos... se van en teoría, meditativamente, como un éxodo blanco de pájaros marinos.
(Los barcos de la tarde).

Los ojos que han mirado sus siluetas de oro; las alas que han seguido de cerca sus cordajes; las canciones sonámbulas que cantaran en coro las líricas sirenas, compañeras de viajes;
(Los barcos de la tarde).

Era un coro fantástico de fantásticas violas junto al peñón que hacía de quimérico atril.
(La barca rosa)

La barca pescadora, en un gran gesto alado, bate sus lonas claras a la tarde sanguina, rumba quilla al poniente, y a toda ventolina se pierde con su viejo marinero tatuado.
(En púrpura)

Medio deshecha, con su enorme boquete en el costado, francamente es triste condición esa de la "Musardina". ¡Tirada allá, tan lejos, a toda ventolina, como un pájaro herido al que nadie ha curado!
(Elegía de la "Musardina")

En la lírica hispanoamericana constituye la poesía de Spelucín una nota característica y típica, por su fuerza creadora, por su vuelo emocional y efusivo, por su miraje nuevo y auténticamente original de las cosas. En medio del nutrido y gárrulo corro que se alza de la retórica vaciedad sudamericana, esta voz nos revela la América nueva.

Esta deslumbrante sensibilidad pictórica transmuta el color y la luz en emoción estética. Luz y color inconfundiblemente tropicales. Verbo radioso que está anegado en el torrente de claridades zenitales que se proyectan del límpido cielo. El poeta no sólo expresa el color objetivo, no sólo transporta la realidad inmediata y táctil, no sólo lo incrusta, fotográficamente, en el verso, sino que lo piensa y lo permeabiliza en el espíritu; lo siente como estados de conciencia, como acendrada entraña de su sensibilidad. ¡Pensar el color, he aquí lo que le diferencia de tanto rimador superficial y descriptivo!

En Chocano el trópico se encuentra únicamente como alegoría, como enunciación verbal y epidérmica. En Spelucín se halla transfundido y simbolizado. Se diría, para emplear un símil fisiológico, que está "digerido".

Es preciso insistir, sobre todo, en el significado de esta última palabra, porque es la que revela el efectivo y sutil americanismo del poeta. Como lo dije al hablar de la obra de Vallejo, nuestro americanismo ha sido antes externo, decorativo, de un sobrehaz vulgar y adocenado, y, a veces, puramente convencional, falso y de artificio oropelesco. Exotismo trashumante y de Baedeker que se importaba a Europa para divertir a la estética bobería cosmopolita, para despertar como aderezo o salpimenta literaria, el gusto estragado y fatigado del estetismo europeo. Para ese gusto depravado que no percibe ya la armonía estética organizada, sino que se complace con lo monstruoso que es lo único capaz de sacudirle el nervio átono y tórpido. Americanismo decorativo y gesticulante de Niágaras, Amazonas, Cotopaxis, tangos, rumbas y selvas impenetrables y bravías, tan lejos del grito entrañado, de la articulación estética de una raza que tiene una emoción de la vida y una visión original del Universo.

Americanismo de tramoya escénica del cual se había escamoteado al Espíritu, al hombre americano. Literatismo fácil de escaparate, de exhibición y de feria.

El americanismo del poeta es otro; es el auténtico y puro en que canta y se expresa la criatura humana. Es el trasunto de una música nueva; el ritmo revelatriz de una pulsación cósmica. Viene a expresar el misterio anímico de nuestra raza hasta hace poco completamente hermético e inarticulado para el mundo. Hay en su entraña un pasmo religioso y sobrecogido, un estupor juvenil y viril ante la maravilla cósmica.

V. La técnica, el lenguaje y el estilo

En el Perú hay un fenómeno singular que revela la miseria intelectual y espiritual en que vegeta. Cuando la obra literaria o artística sale a las manos del público, con respecto a la actualidad del creador, es ya caduca y envejecida. No hay empresas editoriales que paguen el libro o que siquiera lo editen facilitando su difusión, ni público con la suficiente curiosidad para interesarse por la producción intelectual. El autor se ve en el caso de pagar para que se le lea. El ejercicio intelectual es, como en ningún otro país, heroico.

Esto mismo ocurre con nuestro poeta. Este libro que debió salir hace seis o siete años, sólo puede hacerlo ahora. No representa, pues, con mucho, la actualidad estética del creador. Es un libro de la adolescencia, la labor poética primigenia, que apenas rompe el claustro de la anónima intimidad. El poeta ha recorrido desde entonces mucho camino ascendente y gozoso; también mucha senda dolorosa. El espíritu está hoy más granado, la visión más luminosa, el vehículo expresivo más rico, más agilizado y más potente; el pensamiento más deslumbrado de sabiduría, más extenso de panorama, más valorizado por el acumulamiento de intuiciones; el corazón más religioso, más estremecido y más abierto hacia el mundo. Es preciso marcar esto para que el lector se dé cuenta cabal de la pasmosa precocidad del poeta que cuando escribe este libro es casi un niño.

Caso singular en que no se percibe el jadeo angustiante para apoderarse de su instrumento expresivo. Desde los primeros versos se advierte una maestría, una fácil elegancia, un don verbal tan extraordinario que el lector tiene la impresión de que el poeta nace dueño de todos los secretos de la versificación. No se comprende cómo ni cuándo se ha cumplido esta tarea previa que es la primera barrera que el catecúmeno encuentra a su paso. Y no se crea que se trata de una habilidad técnica vulgar. Es la expresión límpida, original, y henchida de donaire, que de los mismos defectos que señala la preceptiva clásica suele sacar partido para la belleza del verbo. Ved, por ejemplo, esta maravillosa cacofonía:

*Campo "rosa" es su fina basquiña;
"rosa rosa el rosal" de sus pies.*

que rivaliza con las mejores de Dario y que imprime a la expresión una melodía llena de gracia. Sería cosa de nunca acabar si fuese a señalar las menudas bellezas de este verso tan rico y tan vigoroso. Tomemos al acaso algunas.

He aquí un grito deslumbrado ante el encuentro del Amor:

*Yo me quedé suspenso junto al azul marino.
El corazón vigía, musitó: ¡Esta es!
Animaba sus velas un hálito divino
y una Victoria trunca decoraba el bauprés.*

—

*Era la ignota barca soñada o presentida;
la taumaturga barca que nos arma el Amor,
y llega a nuestras playas una vez en la vida,
con sus vinos celestes y su vago temblor!*

La leticia augural de la esperanza ilusionada rara vez se expresó con tanto acierto, con una música interior tan original, tan personal y tan inédita como ésta:

¿Recuerdas? . . .

¡Qué guapa la barca!

La llevó enlazada

una brisa parca

de la madrugada.

Y sus tripulantes,

recios,

petulantes,

decían: ¡Nos vamos, nos vamos a la Isla Dorada!

Vocablo que se prende directamente a las cosas, vocablo recién nacido, como si acabara de brotar del labio del hombre y que nos recuerda el imperio "reisigniano" sobre el verbo:

Pasa un viejo rugoso: su cachimba humeante donde el incienso grato de un buen "capstan" crepita, va sabumando nostalgias de Ultramar o de Atlante, a la mañana blanca como una margarita!

Imágenes fuertes, palpitantes y audaces;

Hasta que, ya muy tarde, desplegué la cortina, y nada. . . ¡Sólo afuera, lejos de mi vitrina, la Luna iba rondando como una hambrienta loba!

O esta otra:

¡Mi espíritu, en la Noche, como un hambriento can, deambula, corre, ladra y escruta las alturas, en busca de la Luna su cotidiano pan!

Expresiones de una potente sugerencia gráfica, como aquella impresión de la noche que finaliza en estos dos tercetos:

Las brujas, entre el marco de este lienzo diabólico, cabalgan en las aspas de un "molino simbólico, molidor de tinieblas en la noche del trópico".

*¡Y en un alucinante parpadeo orquestónico,
el recio puente llora un viejo mal armónico
con su mediojo insomne, entristecido, hidrópico!*

Y como contraste, esta otra, luminosa cual llama fulgurante que se clava a las pupilas ávidas de luz:

*La campiña, en la clara mañana aurisolada,
parece una esmeralda en cárcel de oro fino.
¡Oh, magna epifanía! ¡La Tierra está enojada!
¡La Mañana es la fiesta policroma del trino!*

Esta consumada habilidad verbal se patentiza desde las primeras páginas. Su inmenso registro lírico no cae jamás en la monotonía. En sus senos se orquestan las más variadas modulaciones y con frecuencia nos sorprende con melodías tan recónditas y nuevas que son una fiesta para el oído y para el espíritu. Fiesta musical de cámara cuyas más sutiles delicadezas no llegan sino a los oídos de los iniciados y de los escogidos. Sencillez elegante y recia que brota espontánea y libre y que corre como un arroyuelo lumínico. Aparte de la emoción profunda que suscita, hay un placer casi físico al leer estos versos que se entregan con tanta desnudez a nuestro corazón y a nuestros labios. Cuando se lee la última página, surge una secreta pena ante el acabamiento de algo que creímos inextinguible en nuestro deslumbramiento estético.

Esta poesía es tan magnética que se pega contumaz a los oídos y es frecuente sorprender la imitación deliberada o indeliberada en muchas obras poéticas de la última generación. Claro que son ecos no más de la fuente musical, pero reveladores de la influencia directa y poderosa que ejerce el poeta.

Pero este libro no registra la ingente complejidad espiritual del creador. Individualidad caleidoscópica que refleja la múltiple maravilla del Universo. Apenas las últimas composiciones finales servirán al lector como leve indicio del súbito vuelo metafísico que cobrará la unción lírica de mañana.

Antes de llegar a término es preciso destacar ante la atención del público: "Elegía de la 'Musardina'", "Baltic Bar",

"Viñeta antigua", "El mito cotidiano", "El Cristo de la sonrisa", "La danza en La Mayor", y este magnífico grito amoroso que no resistimos a la tentación de transcribirlo entero:

¿No me darás la arcilla de la cantera rosa
donde labrar mi vaso para gustar Amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

¡Mi vida es un estanque de agua bituminosa!
¡Lanza en él una estrella de ternura y de albor,
y en el plinto de mi alma, pon un mármol de diosa,
aunque sea truncado como Venus, Señor!

¡Por los líricos ritos, por vésperos y auroras,
por la lepra de luna que cilicia mis horas,
heme triste, heme bueno, heme humilde, Señor!...

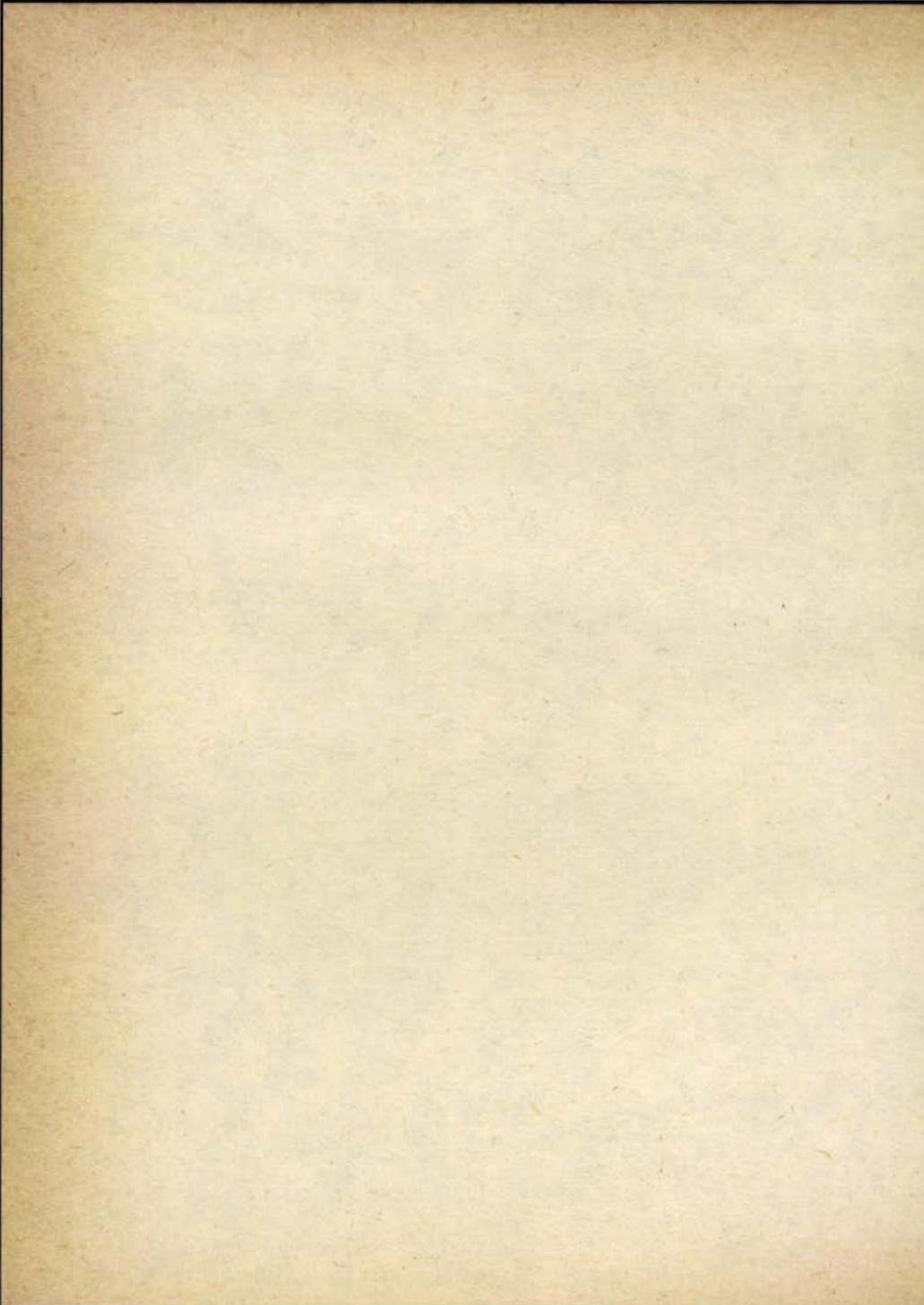
Apto estoy para ungirme con tus celestes dones;
pero, si voy enfermo, sangrante de canciones,
con mi lepra de luna... ¿Quién me querrá, Señor?

ANTENOR ORREGO

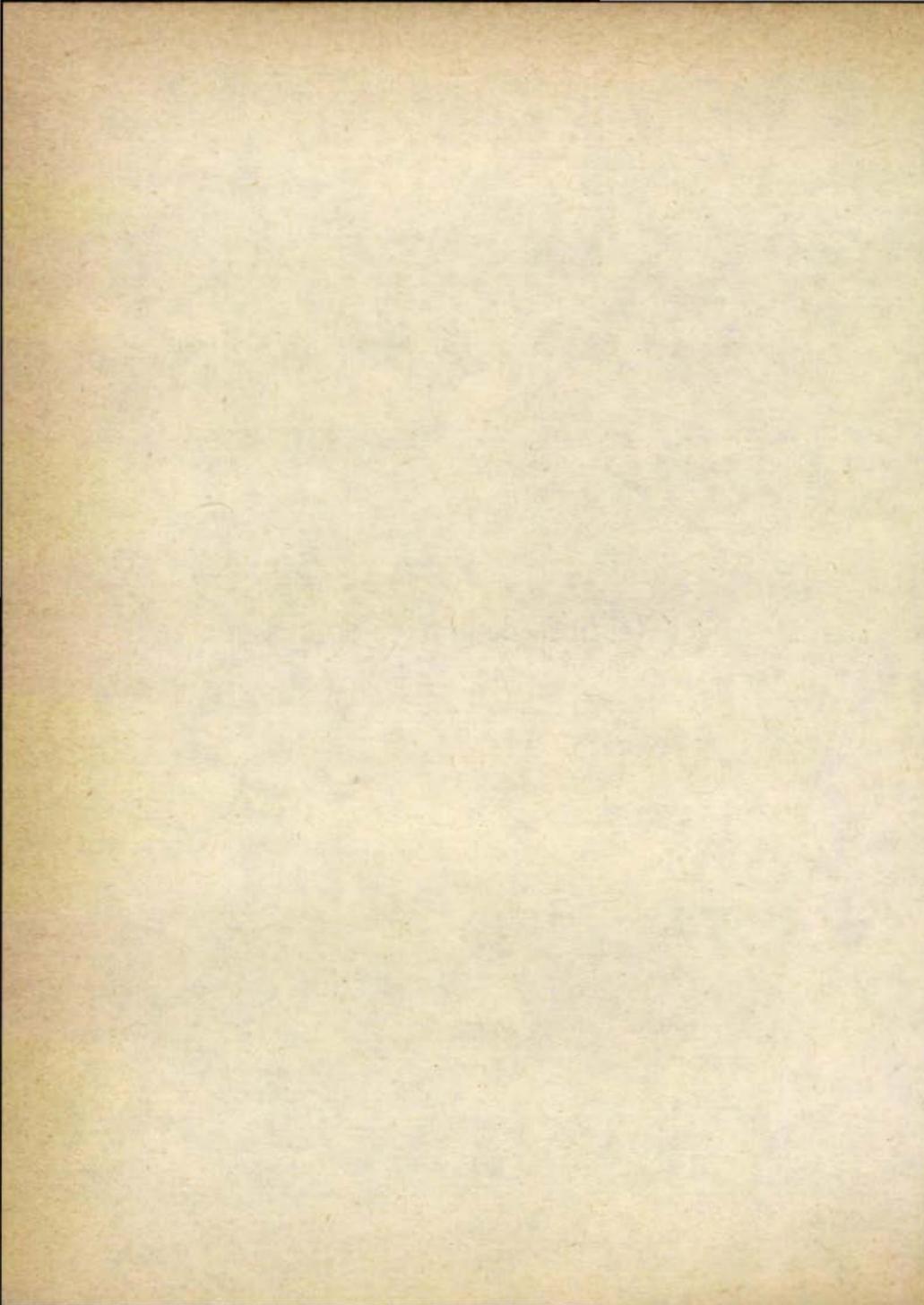
Trujillo, abril de 1926.

A Juan A. Vega



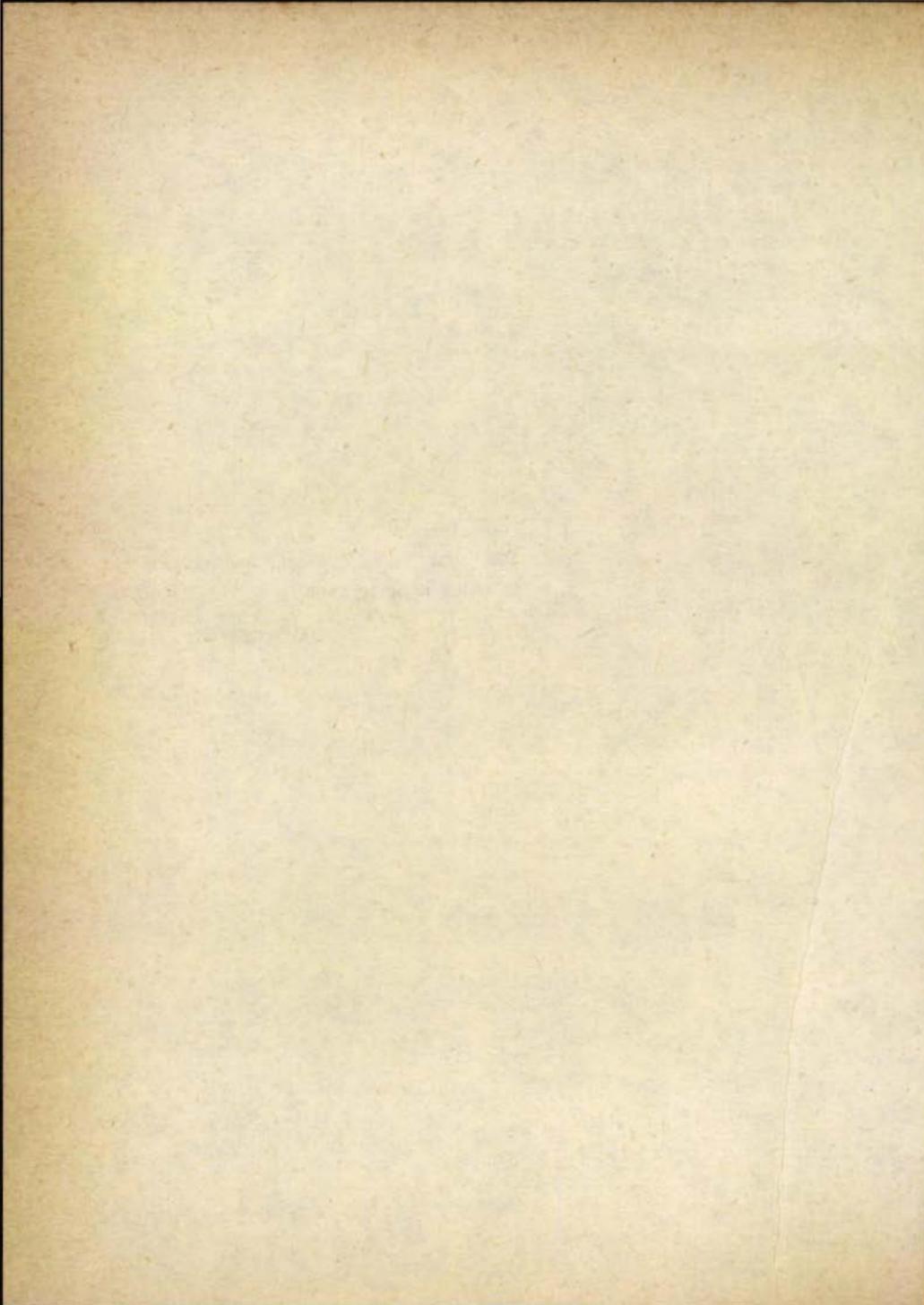


el libro de la nave dorada



Todo te lo debo, mar,
¡Oh, mar, bebedora, jamás saciada,
de soles sangrientos!

JAMES ENSOR



LOS BARCOS DE LA TARDE

A Carlos Marcos

I

Fletados de crepúsculo, de los muelles de Oriente
zarpan a la hora sexta muchos barcos divinos...
Se van en theoría, meditativamente,
como un éxodo blanco de pájaros marinos.

Tienen rosadas velas; tienen proras de oro;
los dirige la ciencia náutica de Simbad;
son ágiles, son fuertes, y no han oído el coro
sensual de las sirenas locas de inmensidad.

Son estos magos barcos aquellos en que fleta
la Tarde su purpúreo languidecer de joya.
¡Peregrinos del Vésper, hermanos del poeta,
que saluda el albatros desde su inmensa boya!

Se van todas las tardes, y la estela doliente
que dejan en las almas, llora sueños divinos...
¡Se van en theoría, meditativamente,
como un éxodo blanco de pájaros marinos!

II

Los ojos que han mirado sus siluetas de oro;
las alas que han seguido de cerca sus cordajes;
las canciones sonámbulas que cantaran en coro
las líricas sirenas, compañeras de viajes;

Chipre, Amatunte y Pafos; Citeres y Zacinto;
las viñas sonrosadas del dios Poseidón;
el caracol polífono que soplara el retinto
labio concupiscente del más viejo tritón;

Todo lo que gozara de este mago espectáculo;
todo lo que en la tarde se empurpura o se dora;
todo lo que penetra como a un tabernáculo
al espíritu mismo de la divina hora.

Sentirá para siempre, con la fuga del día,
la nostalgia de aquellas crepusculares velas,
y en el mar de las almas, como una melodía,
perdurará el suspiro vago de sus estelas!...

LA BARCA ROSA

A Enrique Zerpa

En mis playas hubieron orfeones de olas,
danzas de caracoles y murmullos de añil.
Era un coro fantástico de fantásticas violas
junto al peñón que hacía de quimérico atril.

La luna recamaba los fulgurantes dorsos
de los seres marinos. Lyra, el Carro y Orión
fingían en su estadium luminosos escorzos,
volatines azules, juegos de equitación. . .

La línea de la costa se cerraba en un arco
de abrazo geológico; y en el nexa final
de las aguas y el cielo, ¿era un ave o un barco
lo que avanzaba, lento, con un ritmo augural?

Yo me quedé suspenso junto al azul marino.
El corazón vigía musitó: ¡Esta es!
Animaba sus velas un hálito divino
y una Victoria trunca decoraba el bauprés.

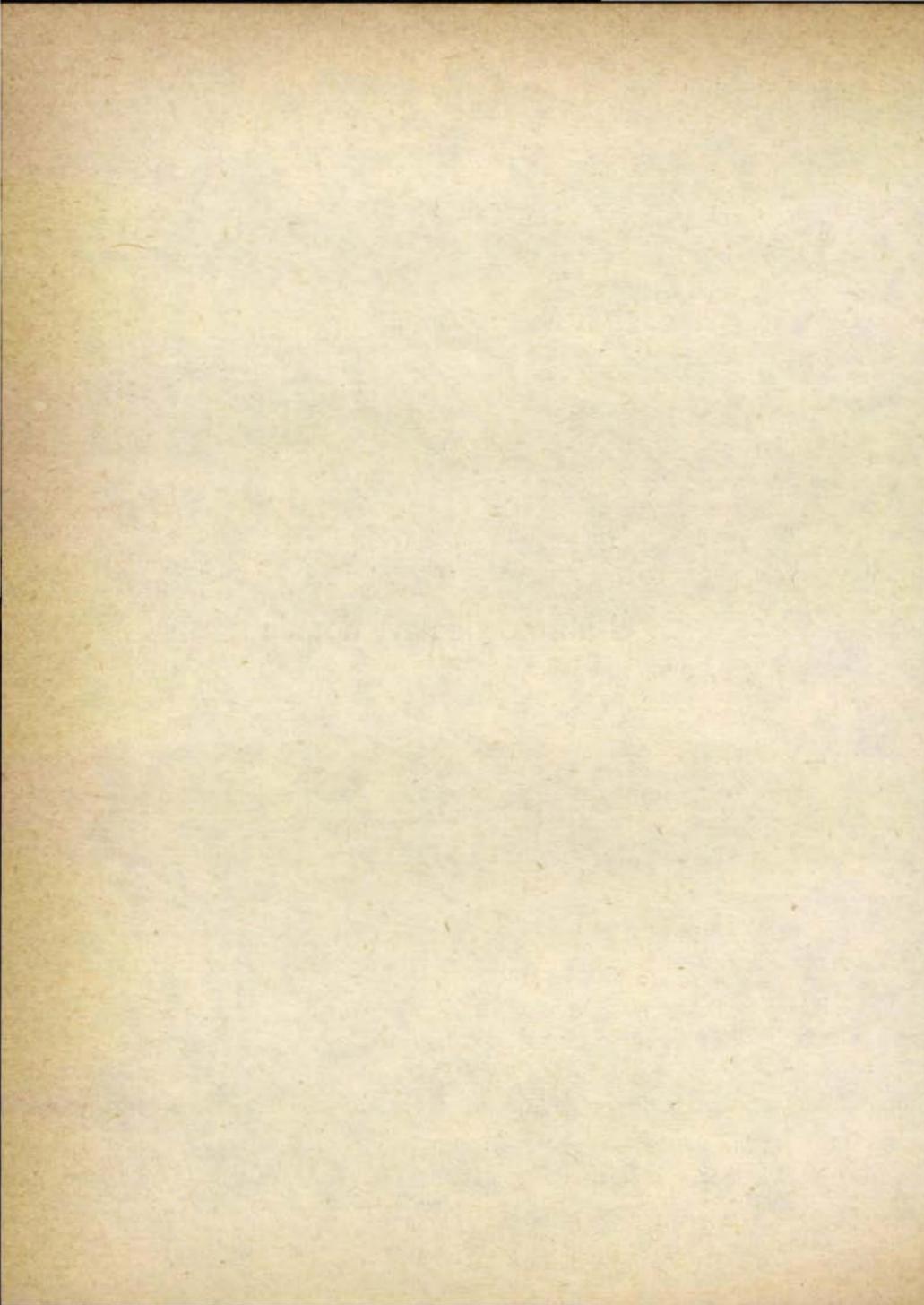
Era la ignota barca, soñada o presentida;
la taumaturga barca que nos arma el Amor,
y llega a nuestras playas una vez en la vida
con sus vinos celestes y su vago temblor!

Un *algo* imperativo, fatal, había en ella;
tenía un grave ritmo de predestinación.
¿Su nombre? Un nombre, acaso, de mujer o de estrella,
rutilaba en el oro claro del mascarón.

En sus velas, la brisa modulaba canciones
de Amatuntes Íejanas o secretos de mar,
en los que se besaban viejísimos tritones
y tiernas oceánidas de luz crepuscular.

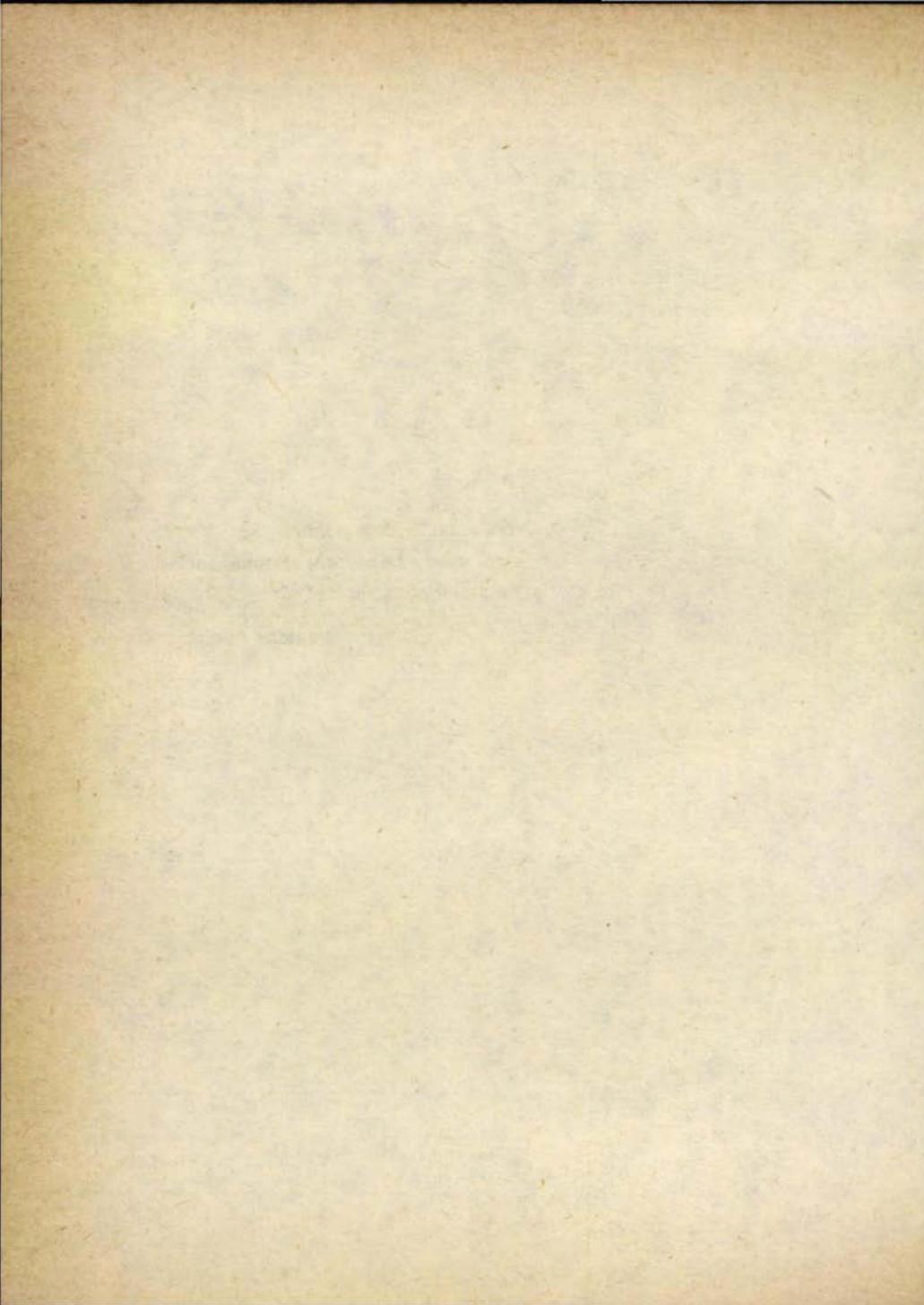
¡Yo la ofrecí una rada más serena, más quieta,
con alisios de ensueño, con playas de emoción,
y desde entonces llevo, como en rada secreta,
una divina barca dentro del corazón!

el libro de la nave dorada



Todo te lo debo, mar,
¡Oh, mar, bebedora, jamás saciada,
de soles sangrientos!

JAMES ENSOR



LOS BARCOS DE LA TARDE

A Carlos Marcos

I

Fletados de crepúsculo, de los muelles de Oriente
zarpan a la hora sexta muchos barcos divinos...
Se van en teoría, meditativamente,
como un éxodo blanco de pájaros marinos.

Tienen rosadas velas; tienen proras de oro;
los dirige la ciencia náutica de Simbad;
son ágiles, son fuertes, y no han oído el coro
sensual de las sirenas locas de inmensidad.

Son estos magos barcos aquellos en que fleta
la Tarde su purpúreo languidecer de joya.
¡Peregrinos del Vésper, hermanos del poeta,
que saluda el albatros desde su inmensa boya!

Se van todas las tardes, y la estela doliente
que dejan en las almas, llora sueños divinos...
¡Se van en teoría, meditativamente,
como un éxodo blanco de pájaros marinos!

II

Los ojos que han mirado sus siluetas de oro;
las alas que han seguido de cerca sus cordajes;
las canciones sonámbulas que cantaran en coro
las líricas sirenas, compañeras de viajes;

Chipre, Amatunte y Pafos; Citeres y Zacinto;
las viñas sonrosadas del dios Poseidón;
el caracol polífono que soplara el retinto
labio concupiscente del más viejo tritón;

Todo lo que gozara de este mago espectáculo;
todo lo que en la tarde se empurpura o se dora;
todo lo que penetra como a un tabernáculo
al espíritu mismo de la divina hora.

Sentirá para siempre, con la fuga del día,
la nostalgia de aquellas crepusculares velas,
y en el mar de las almas, como una melodía,
perdurará el suspiro vago de sus estelas!...

LA BARCA ROSA

A Enrique Zerpa

En mis playas hubieron orfeones de olas,
danzas de caracoles y murmullos de añil.
Era un coro fantástico de fantásticas violas
junto al peñón que hacía de quimérico atril.

La luna recamaba los fulgurantes dorsos
de los seres marinos. Lyra, el Carro y Orión
fingían en su estadium luminosos escorzos,
volatines azules, juegos de equitación. . .

La línea de la costa se cerraba en un arco
de abrazo geológico; y en el nexo final
de las aguas y el cielo, ¿era un ave o un barco
lo que avanzaba, lento, con un ritmo augural?

Yo me quedé suspenso junto al azul marino.
El corazón vigía musitó: ¡Esta es!
Animaba sus velas un hálito divino
y una Victoria trunca decoraba el bauprés.

Era la ignota barca, soñada o presentida;
la taumaturga barca que nos arma el Amor,
y llega a nuestras playas una vez en la vida
con sus vinos celestes y su vago temblor!

Un *algo* imperativo, fatal, había en ella;
tenía un grave ritmo de predestinación.
¿Su nombre? Un nombre, acaso, de mujer o de estrella,
rutilaba en el oro claro del mascarón.

En sus velas, la brisa modulaba canciones
de Amatantes lejanas o secretos de mar,
en los que se besaban viejísimos tritones
y tiernas oceánidas de luz crepuscular.

¡Yo la ofrecí una rada más serena, más quieta,
con alisios de ensueño, con playas de emoción,
y desde entonces llevo, como en rada secreta,
una divina barca dentro del corazón!

CARACOL BERMEJO

A Macedonio de la Torre

Zarpa la barca de oro en pos de una isla buena . . .
¿Una Pafos de ensueño? ¡Citeres fue nefasta!
Danzan pares de alas en torno de la entena,
y el Mar, —tritón orfebre—, al rojo sol engasta.

El caracol de Psiquis va trazando en la arena
el enigma callado de su fórmula vasta,
y alguna voz de sombra, fragante de sirena,
con su sandalia de ecos huella la espira casta.

En un gesto de sangre se despide el crepúsculo.
Las velas cobran una laxitud indolente.
¡Es éxtasis la espira! ¡Es paz de sueño el músculo!

¡Y ante un despertamiento planetario de nardos,
bramando lilas tristes, por la ruta de Oriente
se van los vesperales, divinos leopardos!

LAS RADAS AL CREPUSCULO

A Ramón Rubiera

¡A la tarde, al crepúsculo, entre el hacinamiento
de barcos derruidos y grúas silenciadas,
surge una voz oscura, como de encantamiento,
alma de los vetustos rincones de las radas!

¿Es el eco inefable de los diálogos muertos?
¿Canción de remembranza? ¿Ritmo de padecer?
¡Oh, ese *algo* que pesa sobre los grandes puertos,
—nostalgia, sueño, lloro— entre el atardecer!

Los viejos bergantines, como en patio hospiciano,
cambian charlas unguidas de no sé qué perdido;
se palpan como ciegos, quizás se dan la mano,
¡oh, pobres habitantes de un rincón del olvido!

Charlan, recuerdan viajes a borrosos islotes;
la memoria los guía por ya corridas pautas,
cuando en el mar violento de sonoros azotes
triunfaba la risa moceril de sus nautas.

¡Ah, los lejanos días en que soles abstractos,
cautivos de unos cielos inmensos y apacibles,
mostraron a los tiernos barcos estupefactos
insospechadas rutas de costas imposibles!

¡Ah, los tremendos días de febril aventura,
en que iban, acosados por diabólicos vientos,
desgarradas las velas, herida el armadura,
entre las turbonadas de los mares violentos!

Ahora, amelladas ya las viejas proras
que hendieron horizontes de empurpurados lampos,
que desfloraron sexos de núbiles auroras
en un bravío gesto de heroicos hipocampos,

Oscilan lentamente su ancianidad cautiva,
—josucros prometeos!— entre amarras odiosas,
a la tarde que vierte su roja sangre viva
sobre la rada turbia de aguas oleaginosas!

LA CANCION DE LA RADA INHALLABLE

A Federico Esquerre

¿Existirá una dulce rada
dónde soñar y dónde amar?
¿Será tranquila y encantada,
y azul, azul, como es el mar?

¿Habrà en su fondo arena fina,
alga sedosa, paz letal?
¿La cruzará el ala marina
como un símbolo augural?

¡Oh, rada quieta y escondida,
refugio de serenidad!
¡Cómo alcanzara al fin mi vida
tu lecho azul de eternidad!

¡En busca tuya va mi prora
por toda costa y todo mar;
en busca tuya, con la aurora
de una esperanza y un cantar!

En busca tuya va mi quilla,
presa de un loco afán tenaz...
¡Rocas falaces a una orilla,
negro horizonte más atrás!

¿Qué mar remoto no he cruzado?
¿Qué ruta queda por seguir?
¿Qué costa de oro no he abordado,
Pafos, Citeres, Cuba, Ophir?...

¡Decidle, albatros, si es que existe
a mi angustiado mascarón!
¡Guiadle, hermano sabio y triste,
y tú también, viejo tritón!

¡Guiadnos ambos a la rada
donde se pueda al fin soñar!
¡Rada tranquila y encantada,
y azul, azul, como es el mar!

Amados de los vientos, amados de los soles,
y de lo que se viene,
y de lo que se va . . .

Puertos que vi de cerca,
puertos que vi de lejos,
en el suave regazo de cualquier litoral,
con sus calles sombrosas,
con sus marinos viejos,
y su alcohol,
su tabaco,
y su yodo,
y su sal . . .

¡Viejos puertos en éxtasis de blanca ave marina,
cuyo refugio búdico perturbara yo un día,
para llevar, del ala tenue de su neblina,
una pluma empapada de acre melancolía!

¡Puertos maravillosos, soñados o entrevistos,
que juzgara increíbles catedrales de bruma,
donde monjes hurraños salmodiaran a Cristos
celestes, en marinas antifonas de espuma!

¡Puertos de Dios, oh dulces y benignas posadas,
abiertas al misterio de toda inmensidad!
¡Nidos azules para las alas fatigadas!
¡Atalayas de ensueño! ¡Radas de eternidad!

ELEGIA DE LA "MUSARDINA"

A Juan M. Sotero

Medio deshecha, con su enorme boquete en el costado,
francamente es triste condición esa de la "Musardina".

¡Tirada allá, tan lejos, a toda ventolina,
como un pájaro herido al que nadie ha curado!

¡Porque para que la tengan así, como a un apestado,
a ella que fue leve como una ala marina,
mejor se está en el fondo, sobre la arena fina,
entre las algas suaves y el coral sonrosado!

¡La dejarán podrirse como a cosa inservible;
la robarán sus tablas para combustible
los portuarios lobeznos y los viejos tatuados! . . .

¡Así se irá por siempre la pobre "Musardina",
la que fuera tan leve como una ala marina,
y anidara en lejanos horizontes dorados! . . .

LA OTRA BARCA

A Leoncio Muñoz R.

¿Recuerdas?...

¡Qué guapa la barca!
La llevó enlazada
una brisa parca
de la madrugada.

Y sus tripulantes,
recios,
petulantes,
decían: ¡Nos vamos, nos vamos a la Isla Dorada!

Pero...

La siguió la zarca
luna retardada,
con una de Parca
mirada aceitada...

que el mar, esta tarde, por la pobre barca,
en el tono rónico de los lobos viejos,
mezonga sus requiems dorados,

azules,

bermejos!...



ORO FINAL

A Juan Espejo A.

¡Canción de ascuas marinas!
¡Temblor en los cordajes del velero!
—¿Sabes? En la impiedad brutal del mar de acero,
quiero la cruz de amor de tus manitas finas!—

—Mira: Esta tarde
el mar es un pagano cirio que arde
con viva y temblorosa llama cobre!

—¿Sabes? Para ahogar mis líricos ayunos,
quiero beber estrellas en tus ojos brunos.
Mira: ¡Ya se apaga la gran llama cobre!...—

¡La sirena del barco! ¡La sirena!
—¿Sabes? Mi alma es la gruta más honda de la pena;
tú vas por ella como un hilito de agua buena,
cantando un dulce ritornelo de sirena!...

—Mira: El Sol, que es rubio gnomo,
abre las puertas del palacio plomo
y muestra su puño lunario el mago Dios.—
—¿Sabes? ¡Mi vida, aurora que se mustia,
tiene un temblor recóndito de angustia
ante el negro tatuaje de este adiós!—

AGUASFUERTES PORTUARIAS

A J. A. Falconí Villagómez

En bruma

Bruma, gris, y tristeza y humedad macerante . . .
Cristal, vida, sueños, todo, todo tiritita . . .
El alma de esta hora, es, quizás, la flotante
boya en que un albatros aburrido medita.

Pasa un viejo rugoso: su cachimba humeante
donde el incienso grato de un buen "capstan" crepita,
va sahumando nostalgias de Ultramar o de Atlante,
a la mañana blanca como una margarita!

Hay veleros que salen muy pausados, muy lentos . . .
El Otoño les unge con los óleos de bruma,
les mascullan sus requiems desolados los vientos,

Y la Esfinge, la dueña del ultravida incierto,
desde la orilla parda, sorbedora de espuma,
les mira con las cuencas de un gran pájaro muerto!

En oro

Vierte rubio la hora. Se han abierto las claras
puertas de la tahona que obsequia pan solar.
En los muelles orquestan las grúas y las varas,
y pasa inadvertida la romanza del mar.

Hay un sol de aguafuerte que pavona las caras,
que condena a los pechos a un subir y bajar,
y que plasma en luz de oro, las actitudes raras
de esos torsos, retablos de oración, muscular.

El ambiente calino bruñe fiebre en el agua . . .
Se oye, en lengua de ámbar, rubias cosas de fragua . . .
Una grúa pasea sus cadenas, crujiendo.

Y entre el copo infinito de la hora encendida,
van los rayos solares, como dedos, tejiendo
una faja de ascuas al *riñón* de la vida.

En púrpura

La barca pescadora, en un gran gesto alado
bate sus lonas claras a la tarde sanguina,
rumba quilla al poniente, y a toda ventolina
se pierde con su viejo marinero tatuado.

Van a beber el zumo de la viña marina
que Vésper, fauno, brinda con su labio encarnado
y ya muy tarde vuelven, como de un encantado
islote, oscilando su ebriedad purpurina.

¡Oh, la mágica hora en que todo descansa!
¡En que la blanca nave del espíritu avanza
tajando un mar que llora púrpuras de emoción!

¡En que al ocaso echamos como un anzuelo el alma,
y en el silencio esperamos, mientras llora en la calma
de la tarde portuaria algún viejo acordeón!

En negro

Cabe el glauco misterio de los sabbats lunados,
el puerto vive un sueño de espectral ansiedad:
pasa la ronda negra de todos los pecados,
y el viento es un maullido de la fatalidad.

En las hondas tabernas, como en negros tinglados,
entre manchas goyescas de torpe humanidad,
al son de la rodante música de los dados,
se contorsiona y danza la gitana Ebriedad.

Al huir de sus nidos las doce horas saturnas,
que se van como doce cornejas taciturnas
a escrutar los dominios del gran sábadó turbio,

Las viejas grúas lloran con chirridos de acero,
y el crimen, en los puños de un recio marinero,
se esfuma entre los barrios insomnes del suburbio! . . .

CARBON MARINO

A Pedro Valer

¡El barco abandonado parece un alma en pena!
Tiene el negro unguimento de las hechicerías;
medrosa, de su casco se aleja esa sirena
que tienta de pecado a las marinerías.

En las mágicas noches, —azul y luna llena—
hay a su bordo danzas de fantasmagorías,
al ritmo chirriante de una vieja cadena
que reza un oxidado responso de agonías.

Alma de exorcizado, perfil de misa negra,
parece que en las noches, taumaturgo, señala
con el largo trinquete fantasmal que lo integra,

La exodación de Lyra, el paso de Saturno,
y el gesto de esos mundos que nos tienden su escala
de anhelos infinitos entre el azul nocturno!

sirve,
 cobra,
 grita,
 veja,
 y . . . también suele temblar,
cuando un mozo de anchos bíceps,
 bebe, tose,
y mascullando se despide sin pagar.

En el fondo hay un hombre que olvidó tal vez su idioma.
Sólo fuma,
 fuma y toma,
hasta iluminar su exigua nariz roma,
y sus ojos,
donde siempre hay una lágrima que asoma.

Hay exhombres que alardean de quiméricos contratos:

¡Oh, Calcuta!

 ¡Oh, Bombay!

 ¡Oh, Nueva York!

Al oírlos, ironizan las orquestas de los gatos,
desafina el viejo timbre del reloj,
y en el aire va trazando sus burlescos garabatos

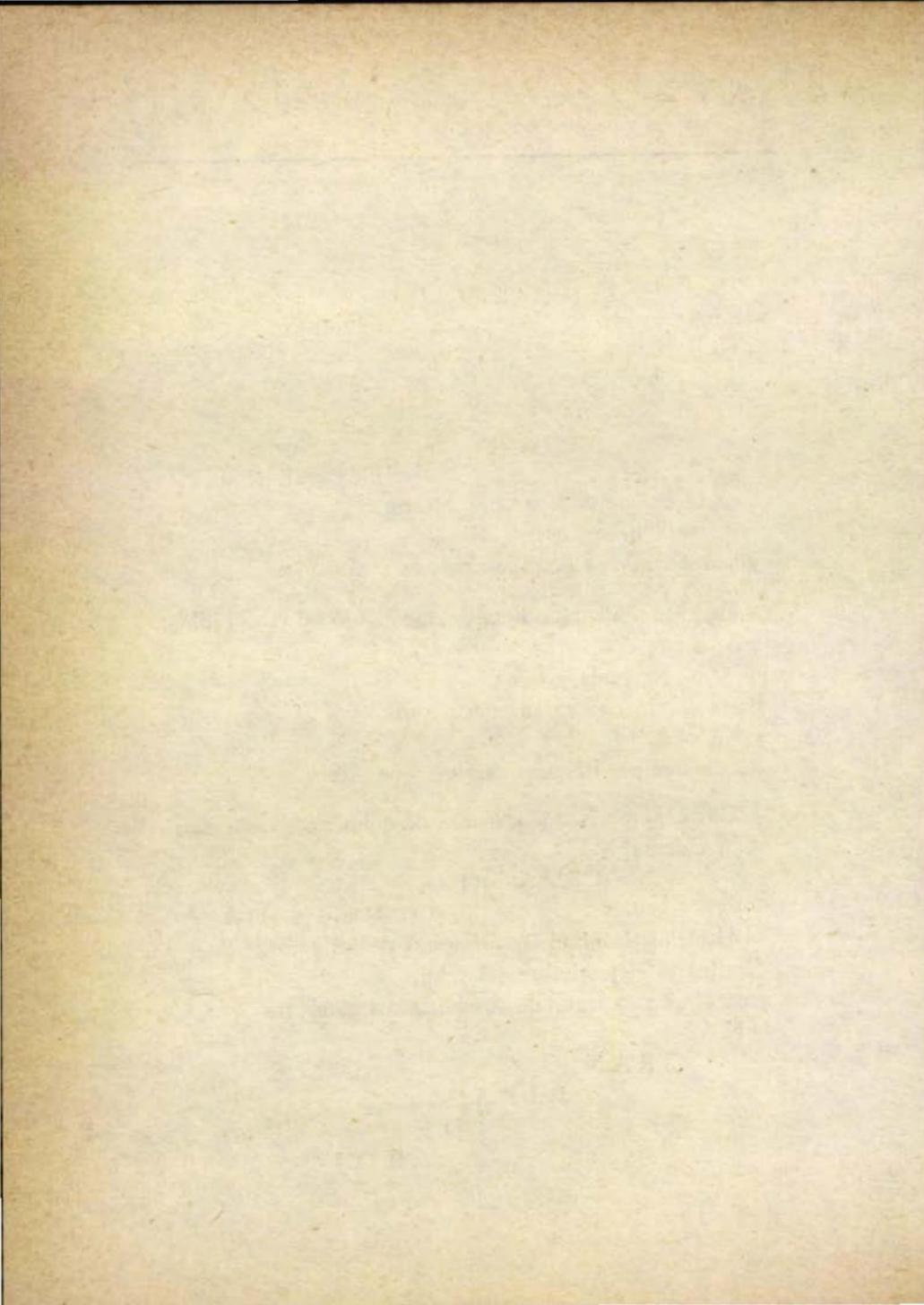
UNA

 GRAN

 PIPA

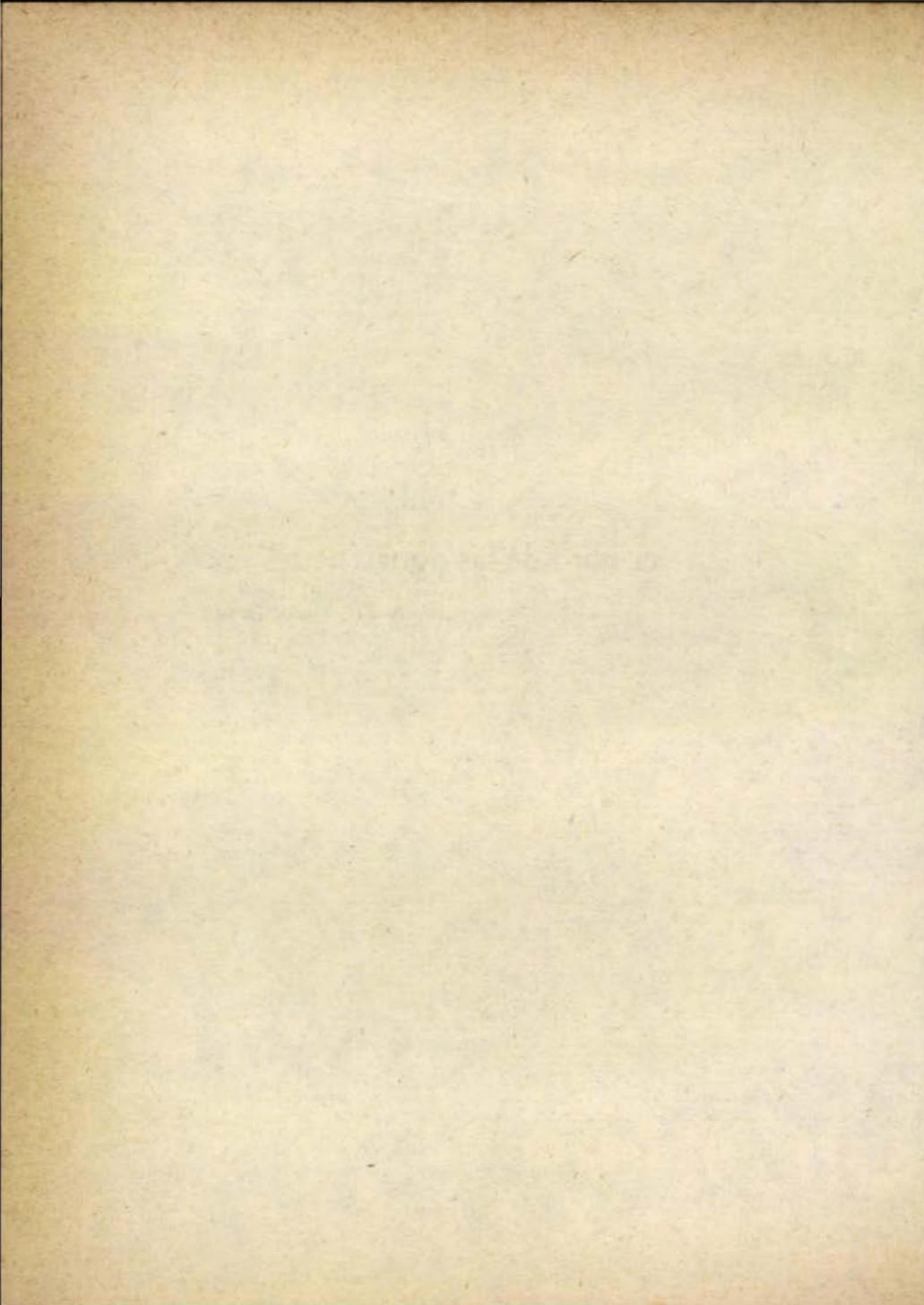
 DE

 BOJ



el libro de las aguasfuertes

A Francisco Beteta



FANTASIA DE SABADO

Bajo el claro maligno de esta luna de acero
que patina las cosas de un enfermo color,
todo cobra un prestigio de aquelarre agorero,
todo vive un instante de misterio y de horror.

Se animan en la sombra caprichos de Durero,
la carroza se anuncia con un sordo temblor,
y en la torre escarlata hay un farandulero
murciélago embozado como un noble señor.

Un fuerte batir de alas entre la sombra, puebla
de rumores confusos la silente cartuja;
es un ave borracha de aceite y de tiniebla,

De los ritos ocultos joven sacerdotisa,
que esta noche de sábado, hacia la misa bruja,
se dirige volando de prisa, muy de prisa...

EN BLANCO DE LUNA

Mi viejo reloj torvo, con su voz de lechuza
carcajeó sonámbulo. Eran las doce y cuarto.
Las sombras oprimían con algas de medusa,
y el miedo de las cosas fue un satánico parto.

Sandalías de silencio, trunco perfil de Intrusa
pasó, en rítmico sueño, por la alfombra de esparto.
¡Los ángulos fingían aquella mueca abstrusa
que imprime lo macabro al colarse en un cuarto!

Mis ojos, desde el lecho, absortos, adormidos,
siguieron los danzantes, caprichosos tejidos
que esa rara bacante pasó urdiendo en mi alcoba.

Hasta que ya, muy tarde, desplegué la cortina,
y nada . . . ¡Sólo afuera, lejos de mi vitrina,
la Luna iba rondando como una hambrienta loba!

OCRE Y NEGRO

La puerta tuvo el gesto de un obrero cansado,
dijo frases terribles de oxidado sabor,
y bajo sus injurias pasó el encapuchado,
mascullando oraciones preñadas de terror.

Cruzó la enorme nave, y ante un lienzo empolvado
que mal fingía el Cristo que nos dijo el Amor,
martirizó su cuerpo, —cirio donde el pecado
ardía con un lento, satánico temblor!—

Hubo una luz oliva en las cuencas del Cristo,
v la maldita carne —alquimia de Mephisto—
sangrante, macerada, se desplomó en la alfombra.

(¡Veinte búhos cartujos, posesos de deleite,
afilaron sus picos y escrutaron la sombra
con las lámparas glaucas de sus ojos de aceite!...)

AL FLANCO DE LA NOCHE

¡La Noche, Padre, es una mulata satanisa
de cuerpo saloméico y esfíngico mirar,
que danza la epilepsia de una danza enfermiza
ante las liras mudas que alguien osa tocar!

Tú, Padre, me dijiste: La Noche, tu nodriza,
te amamantó en la Luna —¡casto seno estelar!—,
por eso este satánico afán que se desliza
en mi verso, cubierto de albo traje lunar.

Yo siento en mí la Noche. Sus musicas impuras,
sus viejas desdentadas que al aquellarre van,
me dicen de humos vagos y esencias de locuras. . .

¡Mi espíritu, en la Noche, como un hambriento can,
deambula, corre, ladra y escruta las alturas
en busca de la Luna, su cotidiano pan!

AL SENO DE LA NOCHE

La Noche es la capilla de los negros oficios;
por ella va la Luna como un cirio espectral,
y las almas posesas de zurdos maleficios
bajo su lumbre danzan fantástica espiral!

Aúllan manicomios, se crisan los hospicios,
la Tierra hace una mueca dolorida y glacial,
y van los canes flacos en pos de desperdicios
por las callejas blancas de la ciuda-hospital!

Las brujas, entre el marco de este lienzo diabólico,
cabalgan en las aspas de un molino simbólico,
moledor de tinieblas en la noche del trópico.

¡Y en un alucinante parpadeo orquestónico,
el recio puente llora un viejo mal armónico
con su mediojo insomne, entristecido, hidrópico!

EL DON OSCURO

Mi sueño engendra vagas nébulas obsedantes,
o estiliza imprevistos fenómenos internos;
ya suele decorarse de estelares diamantes,
o se difuma en negros Aquetontes o Avernos.

Exprime lunas foscas, crueles, desobligantes;
bruñe copas celestes en marfiles o en cuernos,
o presencia el desfile de inefables amantes
que hace siglos dijeron sus lenguajes eternos.

A veces es como esos monacales alciones
que en un hablar de bruma, cabe el maste de un barco,
desglosan un motivo sencillo y taciturno. . .

O cruza entre el revuelo de las constelaciones,
con el carcaj sediento y ensangrentado el arco,
¡oh, rudo e inevitable sagitario nocturno!

EL POEMA DE LAS HORAS

A Mario Spelucín

La hora increíble

Raros instrumentos obsequian al viento
notas prohibidas e incomprensibles . . .
¡Es la medianoche! Dedos invisibles
han lanzado el disco del encantamiento.

Su cara de enferma, que el embrujamiento
de la luna ha dado gestos apacibles,
levanta mi ánimo! . . . ¡Y se oyen terribles
aullidos de perros que beben absento!

¡Palabras untadas de luz y armonía! . . .
¡Gritos cabalísticos de honda poesía! . . .
¡Caballos que piafan al soplo vernal! . . .

¡Estatuas perdidas, jardines lontanos,
v la eucaristía de unas finas manos
sobre la fogata que arde en mi frontal!

La hora de la desolación

La cortina del cuarto tiene frío y tiritita.
El viento entra con pasos capciosos de ladrón.
La luna es una concha llena de agua bendita,
y mi alma ya no sabe de la santiguación.

Es tarde. Aún no duermo. ¡Hay algo que me incita
a no dormir en esta paterna habitación!
¡Yo no sé! Esta noche, en mí se han dado cita
tantos viejos recuerdos, ¡que ya no hay extensión!

¡Y en esta alcoba muda que huele a cirio y rosa,
hay aleteos de alma! Y una voz temblorosa,
—¡quizá el Silencio mismo!— arrastra una oración.

¡La vida que sonrío, al umbral se detiene!
¡Y hasta el oro fragante de la mañana, tiene
color de labios muertos en esta habitación!

La hora penúltima

Serás, en esa tarde, como una puerta abierta,
y a niños y a mancebos prometerás la entrada;
pero huirán, como huyen de la vetusta rada
los tiernos bergantines de arboladura experta.

Será un distante anhelo de lumbre tu mirada,
y tus ojos, opacas lagunas de agua muerta.
¡Tendrás la enjuta mueca de una casa desierta,
y el viento del olvido te dirá su balada!

Será la hora maga en que los aposentos
se embadurnan de sombra; en que pasan los vientos
como esas largas colas de las abuelas muertas. . .

¡Todo tendrá un semblante presagioso de espera,
y se oirá, por último, la palabra agorera
de ese *algo* sombrío que hay detrás de las puertas!

EL POEMA DE LAS OBSESIONES

A Rubén Martínez Villena

La obsesión de la carne de Eva

Tu cabellera, oh virgen, como la de Medusa,
es un nidal maldito de ofidios ondulantes;
siniestramente negra, con negrura de Empusa,
se alborota en un loco danzar de coribantes.

Tu beso, entre sus mieles, deja un sabor de Intrusa;
tu danza entre sus giros, un ritmo de bacantes;
y con tu doble aspecto de górgona y de musa,
degüellas mis alondras, enjoyas mis instantes.

¡Oh, tú, de sangre y fiebre roja torturadora!
¡Dentellada de crimen! ¡Sibilina señora
de caricias terribles como devastaciones!

¡Retira ese tu labio que agota mis viñedos,
y aduerme la sapiencia fatal de tus diez dedos
que rondan en mi carne como diez tentaciones!

La obsesión del búho de Palas

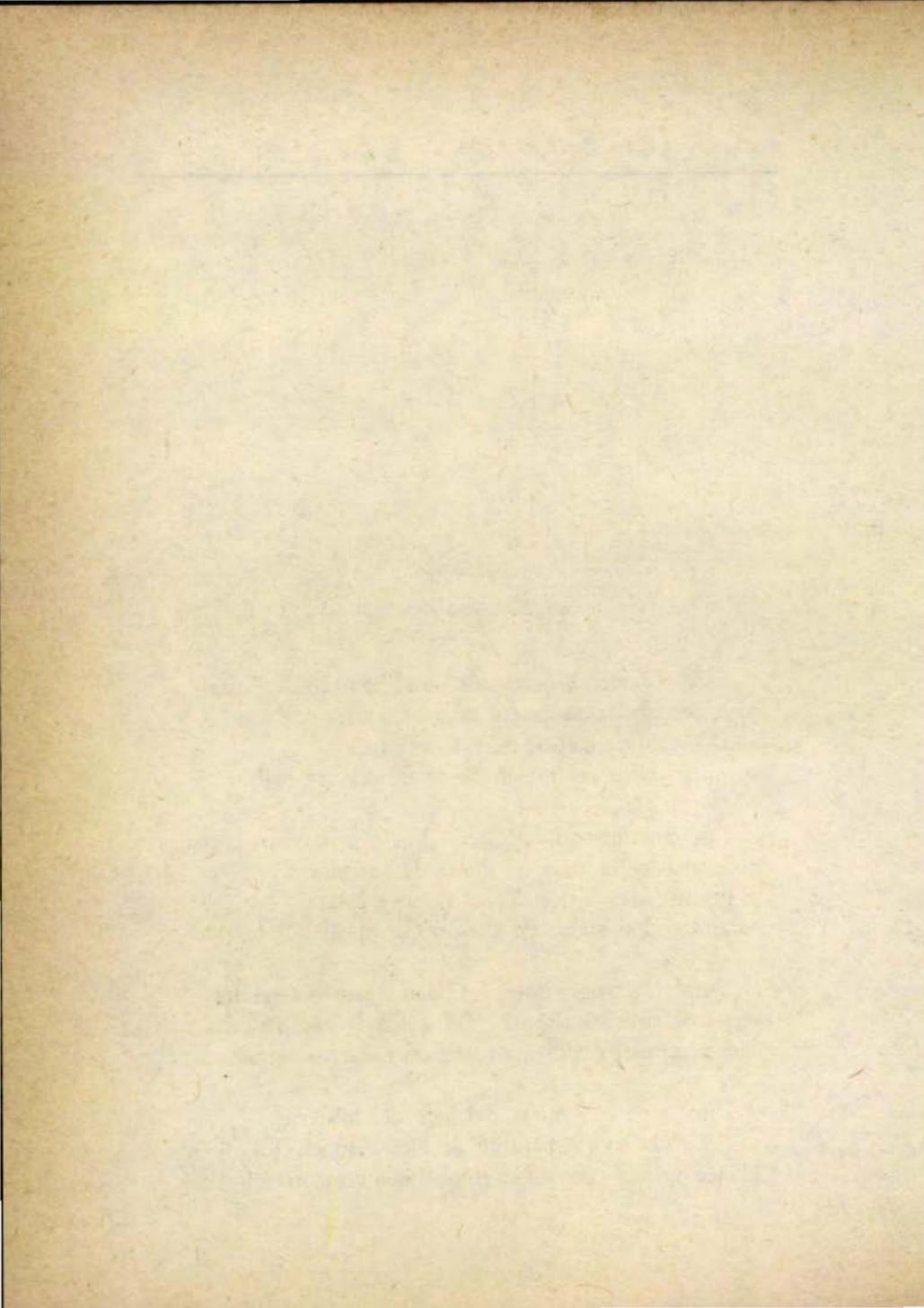
Dije al sapiente búho que en el hombro de Palas
vive con abstraída mueca de gran idea:

—Doctor Illuminatus, de catadura fea,
a quien todos calumnian de anunciaciones malas:

¡Yo te interrogo, hermano! Yo, que he visto la tea
redonda de tus ojos, el vuelo de tus alas,
y tus miradas fijas y largas como escalas
tendidas al misterio de Lyra o Caciopea!

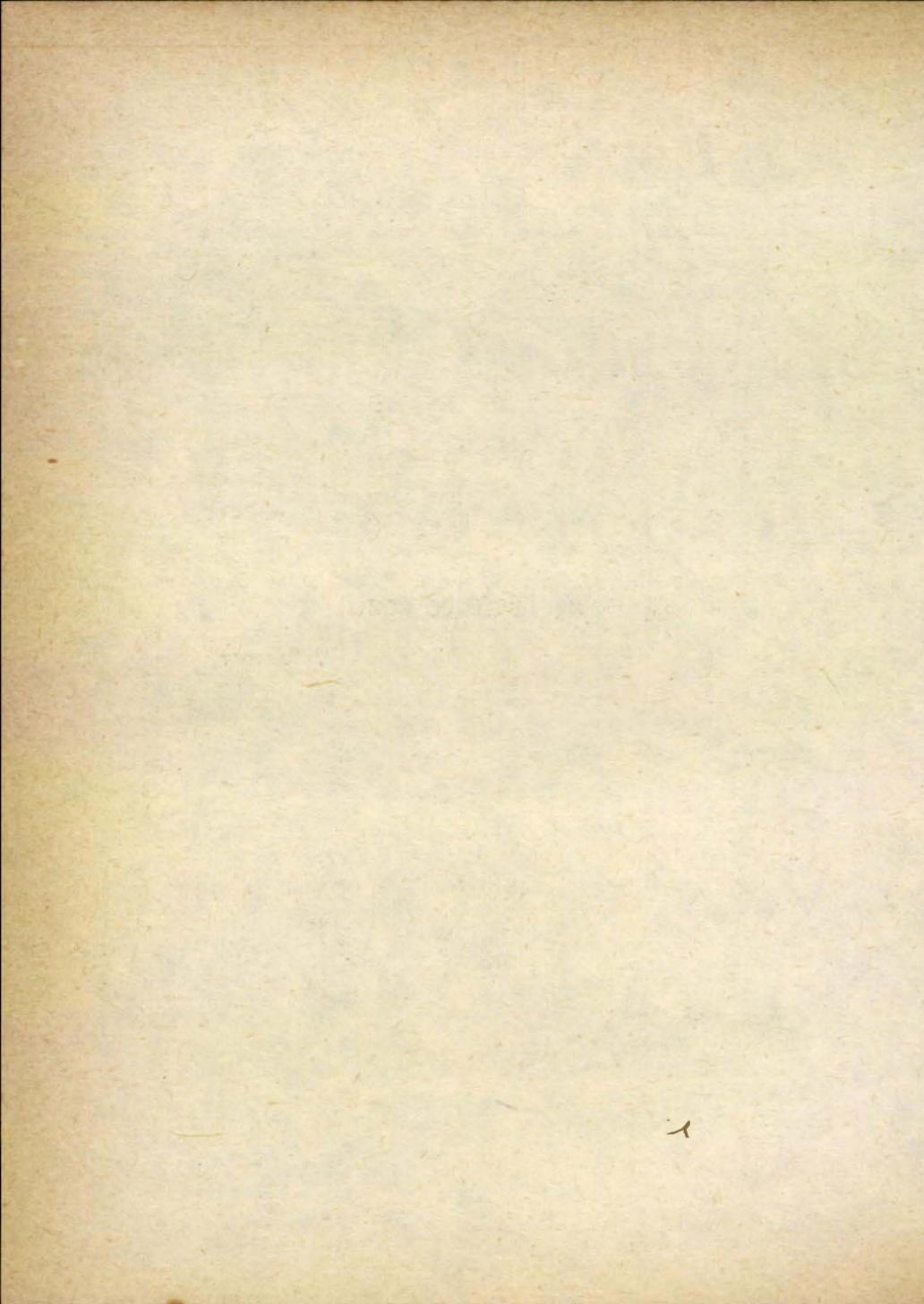
Yo te interrogo, búho: ¿Quién opaca o estrecha
nuestros círculos claros? ¿De quién la negra flecha
que rompe el cotidiano ritmo de nuestros actos?

Dime, ave que miras del lado del misterio:
¡...y el búho taumaturgo de ojos estupefactos,
planeó un oblicuo vuelo rumbo del cementerio!



la dulce voz

A Antenor Orrego



PLEGARIA DE AMOR

¿No me darás la arcilla de la cantera rosa
donde labrar mi vaso para gustar Amor?
¿No me darás un poco de tierra melodiosa
donde plasmar la fiebre de mi ensueño, Señor?

¡Mi vida es un estanque de agua bituminosa!
¡Lanza en él una estrella de ternura y de albor,
y en el plinto de mi alma, pon un mármol de diosa,
aunque sea truncado como Venus, Señor!

¡Por los líricos ritos, por vésperos y auroras,
por la lepra de luna que cilicia mis horas,
heme triste, heme bueno, heme humilde, Señor!

Apto estoy para unirme con tus celestes dones;
pero, si voy enfermo, sangrante de canciones,
con mi lepra de luna... ¿Quién me querrá, Señor?

PLEGARIA DE GRACIA

¡Gracias te sean dadas, padre y señor cristiano!
¡Soy ya una larga llama serpentina de amor;
traza hoy mi camino con tu olivácea mano,
unge hoy mi sendero con tus nardos en flor,

Y hasta la gradería de tu pórtico arcano,
sin la cáscara ocre de esta carne de horror,
avanzaré reptando como un blanco gusano,
todo lleno de gracia y armonía, Señor!

Yo te pedí tan sólo una dulce hermanita
de suaves intenciones para mi corazón.
¡Tú me das todo un mundo bajo una alba infinita,

Constelas mis abismos, enjoyas mi canción!
¿Cómo no he de rezarte, con todos mis anhelos,
tu plegaria, "Padre Nuestro que estás en los cielos..."?

NO TE LLEVEIS AL NIÑO...

¡No te llevéis al niño! ¡Sus manitas rosadas
te buscan en un tierno balbuceo de rezo!
¡Vuelve la celestía de sus claras miradas!
¡Que sepa mis caricias y comprenda mi beso!

Como un Eros heleno él ha sido travieso;
sus cabellos de oro los tejieron las hadas. . .
¿Cómo es posible entonces que le hayan hecho preso
los tan oscuros lazos de fuerzas ignoradas?

¡Anímalo, Dios mío! ¡Que sea el mismo infante
inquieta y pequeñito, cariñoso y amante,
que me ha dado este fuego lacerado de Amor!

¡Ahuyenta de su carne ese oscuro desmayo,
y en la rubia mañana de algún jocundo mayo
te llevará sus rosas más fragantes, Señor!

POR ESTA DULCE HERMANA...

Por esta dulce hermana menor de ojos tan suaves,
de tímidas palabras, de insospechado andar,
que surge, diligente, en los instantes graves,
y es triste, mansa y buena como un lueñe cantar;

Por esta dulce hermana que maneja las llaves
de la exigua despensa y el arcón familiar;
que cuida de las flores y cuida de las aves,
y se esconde, solita, a tejer y a llorar;

¡Por esta dulce hermana, Señor, vengo a tu predio
celeste, manumiso, descalzo, tembloroso,
trayéndote mi ruego con un incienso leve!...

¡Por esta dulce hermana! ¡Por un suave remedio
para sus hondos males de amor! ¡Por un piadoso
milagro que sonrose su carita de nieve!

¡OH, DULCE Y TIERNO AYER!

¡Cómo te estoy gustando, oh dulce y tierno ayer,
y qué suave romance vas diluyendo en mí!
Tus viejos mostos rubios, canción, risa, querer,
llenan de nuevo el cáliz del corazón rubí.

¡El panorama antiguo vuelve otra vez a ser
aquel amable reino que abandoné y perdí!
¡Las alas que me rozan me están haciendo ver
no sé qué aves celestes que sólo presentí!

¡Ronda de pasos muertos! ¡Sonora infancia loca!
¡Ceniza que huye al soplo tibio de alguna boca!
¡Paraíso perdido que vuelves a mi ser!

¿Con qué alma de niño voy a poder gozarte?
¿Con qué ojos angélicos voy a poder mirarte,
oh, panorama antiguo, oh, dulce y tierno ayer?

EL VOLATIN ADORABLE

A Eloy B. Espinoza

Viñeta antigua

Marqués!

Oh, mi viejo y erguido marqués,
setentón, cortesano y pulido,
catador del más dulce Jerez
de la viña carnal de Cupido.

Marqués!

¡Oh, mi viejo y erguido marqués!

Ciñe bien tu casaca rameada,
disimula el audaz peluquín,
que el Amor, en amable emboscada,
hoy te espía a través del jardín.

A la sombra entre mirtos y dalias,
ella espera tu afán rondador.
Los violines, en locas faunalias,
os convidan, marqués, al amor.

Marqués!

¡Oh, mi viejo y erguido marqués!

Campo rosa es su fina basquiña;

rosa rosa el rosal de sus pies;

¿Una rosa? ¿Una estrella? ¿Una niña?...

¡Oh, este viejo Jardín de Aranjuez!

Marqués!

¡Oh, mi viejo y erguido marqués!

River Side

En la jauría de autos, más de un bull-dog rampante
ladró a la gentileza del fino potro inglés,
que arrastraba su mylord, rancio pero elegante,
donde iba, toda joyas, perfume y languidez.

Yo la miré y me dije: —¿Qué tristeza la agobia?—
Una fulgente estrella floreció en su pupila
y dio a su dulce rostro un éxtasis de novia
y a la dorada tarde un vago tono lila.

Tenía ese prestigio de algo que es sólo un sueño:
Ligero temblor de alas o celaje fugaz.
La emoción, el recuerdo de su paso risueño,
como un cuervo poesco musita: “¡Nunca más!”

Y ahora, lacerado por tanta despedida,
—temblor de labio casto, canción de Loreley—
te doy con mis suspiros un jirón de mi vida,
¡oh, visión de tarde maga de River Side!

El madrigal absoluto

Debió ser algún orfebre del imperio bizantino,
el orfebre que en tu cara de madona celestial,
engastara con un arte refinado y peregrino
las dos gemas luminosas de tus ojos de cristal.

¡Oh, las gemas de tus ojos de fulgor adamantino!
Vaga en ellas la frescura de la fábula oriental.
Quizá fueron del quimérico tesoro que Aladino
encontrara con su lámpara encantada de metal.

Y tal vez aquel orfebre que engastó tus ojos bellos
se antojó de líneas finas que enmarcaran sus destellos,
y fue entonces el pincel de un genial artista raro.

Que naciera allá, muy lejos en las tierras de Utamaro,
el pincel maravilloso que trazara grácilmente
las dos cejas arqueadas que decoran tu alba frente.

El soneto de la esperanza

Aún es mediodía; sensual hora de oros
enciende fieros torsos y da sed al tropel
de bárbaros centauros y de viriles toros
que lleva nuestra carne pagana a flor de piel.

¡Espera la divina hora de los tesoros!
Crepúsculo es amigo del Amor y el Laurel;
el mar canta en la tarde sus luminosos coros,
y tú serás más dulce, oh, gotita de miel.

¡Espera, espera, espera margarita celeste!
Tú que eres toda sueño y ondulación de veste
y fugitivo beso de los labios de Dios,

Has de gustar las viñas a la hora más bella,
a las púrpuras últimas, a la primera estrella,
cuando el labio es sagrado y es solemne la voz.

El soneto funámbulo

Recuerdas la locura de aquel pobre payaso
que en la vieja barraca, a la luz de un candil,
pidió besar tus rojos zapatitos de raso
como un Pierrot salido de un tomo de Bainville.

Tenías quince años entonces, y en tu boca
de retozona dríada —¡oh milagro frutal!—
con la red de sus risas acechaba la loca
sirena del más dulce pecado capital.

Hoy triunfa una peineta constelada en tu moño;
tienes *autos* y perlas y un palacio de otoño...
Y si has perdido el ritmo malabar de tu paso,

Tienes en cambio un gordo millonario fantástico
que te aburre y te hace recordar al payaso
lunario y banvillesco, funámbulo y sarcástico!...

EL POEMA DEL AMOR ESPERANZADO

A Daniel Hoyle

¿Ese que en ti fulgura o que en ti resucita,
es un oro moreno de galileos trigos?
¿Es el oro fragante de los trigos amigos
que cuidaran las manos de la Ruth moabita?

¡Oh, amor mío!

Por tu nombre tan dulce y por tu carne de oro
recuerdas a la grácil Sulamita de Oriente.
¡Ah! . . . ¡Yo, por ti fuera Salomón, y el tesoro
de un Cantar de Cantares derramara en tu frente!

Acaso en Tierra Santa fuiste la golondrina
que en el calvario trágico de la gran odisea,
arrancara, piadosa, con el pico, una espina
de la gloriosa testa del Rabí de Judea.

Y, si en algo eres judía, en mucho eres helena;
si fuiste golondrina y Ruth y Sulamita,
en Grecia quizá fueras la blanca Anadiomena
o la encarnación celeste de Venus Afrodita.

Sí; tú tienes mucho de Hélade. Lo pregonan los plintos,
los mármoles, los frisos, y todo el Partenón;
aún tiñen tus labios los viñedos corintos,
y tiemblan, perfumados de rosas y jacintos,
tus senos. ¡Oh, palomas locas del corazón!

Tú fuiste en el Olimpo la Palas Atenea;
¡por eso es que tus ojos guardan la ciencia toda! . . .
¡Yo te miré, Oh Diosa, y de allí mi odisea
de cigarra, de aeda, de poeta y rapsoda!

Después fuiste latina con el Renacimiento;
Leonardo de Vinci te pintó en Monna Lissa;
por entonces, tu fama iba en alas del viento,
y eras bella y divina porque eras . . . ¡sonrisa!

Una sonrisa eterna que compendia mil mundos;
que es ensueño de artistas y obsesión de poetas;
una sonrisa plena de gérmenes fecundos
para las concepciones de versos y paletas.

Fuiste, después, francesa, Orleans y Soissons
se postraron al paso de tu caballo zarco;
eras la muy gloriosa santa Juana de Arco
que oyó la voz divina dentro del corazón.

Por eso es que tú tienes el alma de una santa
en un cuerpo florido de Judea o de Hélade;
por eso es que al mirarte siento que algo me encanta,
y al amarte, un aroma de idealidad me invade.

Después siglo XVII, Versailles y París
hicieron a tu paso fina genuflexión;
eras la marquesita, como una flor de lis,
que aromara las frondas paganas del Trianón.

Por un beso rosado de tus labios meninos
se tiñó de escarlata mi valiente espadín. . .
Seguí tu paso egregio con aires palatinos
y madrigalicé a tus ojos en un tibio jardín.

Después vino el Terror, y con él los violentos
motines de la bronca Revolución Francesa.
¿Dónde estabas entonces? ¡Oh, días! ¡Oh, tormentos!
Yo te buscaba, loco, por celdas y conventos,
y te encontré hecha himno: ¡Eras la Marsellesa!

Torné a encontrarte en cálidas tierras de mediodía:
En Córdoba, en Granada, en Málaga, en Sevilla . . .
Tras el calado amparo de una negra mantilla,
rutilaban tus ojos. ¡Ojos de Ave María!

En tu espesa y rizosa cabellera nocturna
triunfó una goyesca, constelada peñeta,
y aquel lunario círculo de la audaz pandereta
que agitaran tus dedos, supo la taciturna
floración de mis coplas líricas de poeta!

Recuerdo que una tarde —manzanilla y guitarra—,
entre un enjambre majo de trágicas chisperas,
bailamos un bolero. Y, cabe una vieja parra,
oíste mis quererres en hondas peteneras.

Tu alma era violenta y era tierna cual ola
que ahoga o que conduce a una playa florida,
¡Tu alma! . . .
¡Yo me engolfé en tu alma lírica de española
y enfermé del celeste mal de amor a mi vida!

Después, la estepa helada, solitaria de bruma,
gozó tu paso leve de nórdica princesa;
por ella fuiste como un éxodo de luna,
una aurora en exilio, un amor en tristeza!

Tu paso era el rítmico paso de las estrellas;
paso que narcotiza fieros lobos hambrientos:
no te siguieron, pero . . . ¡les quedaron tus huellas,
y ese aroma inefable que impregnaste a los vientos!

¡Fuiste harmónico sueño! ¡Alma de los pianos!
¡Con Chopin y Tschaikowsky queja y lágrima fuiste!
¡A los claros de luna, cabalgatas de manos,
aún te evocan ¡Oh Mía! en la nota más triste!

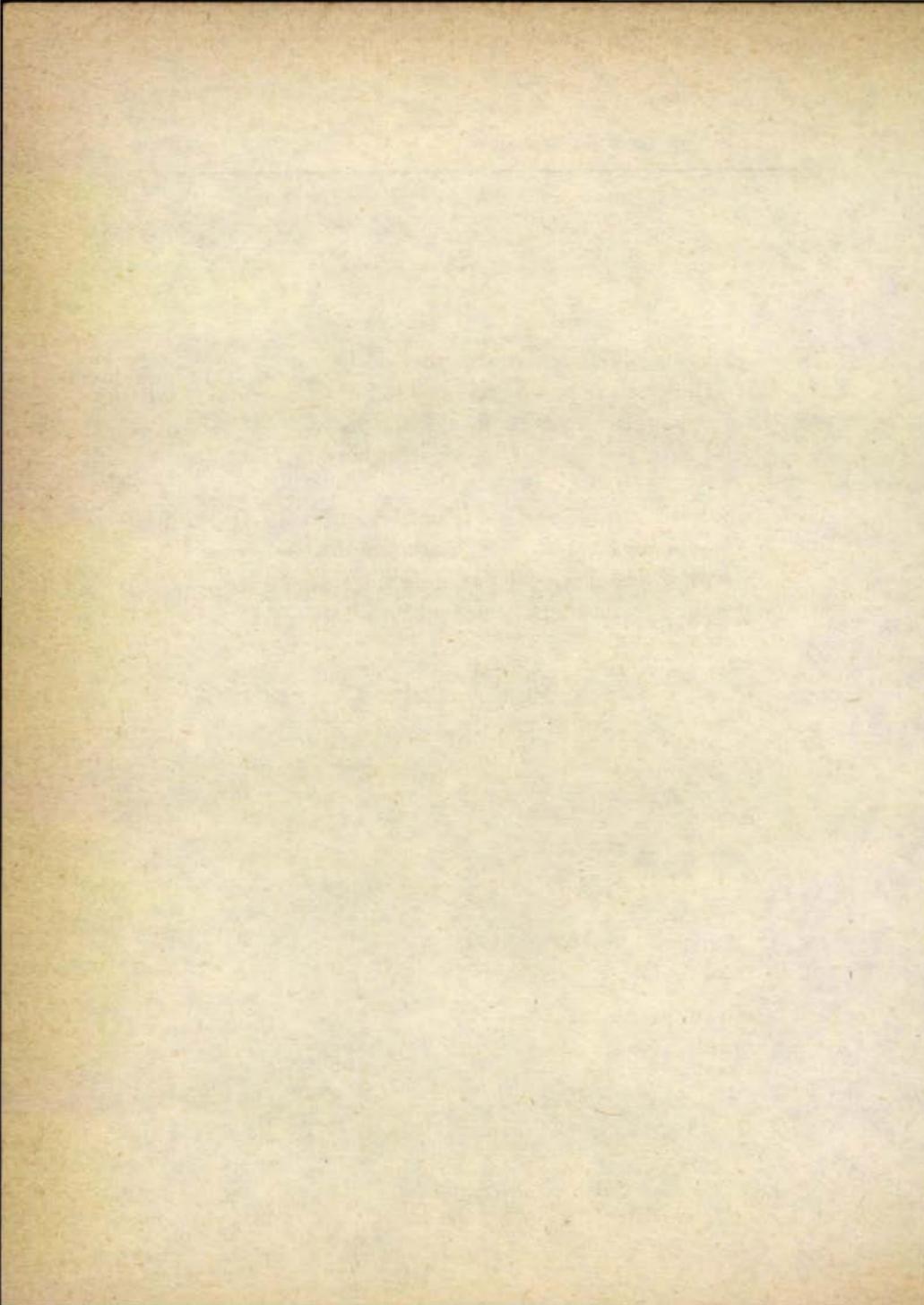
Como la Barkchisteff, tu vida fue una espira
ascendente de anhelos, de ensueños y piedad;
sabías desde entonces que habías de ser lyra
y dispersarte en versos para la humanidad.

Y en esta dulce América, tierno brote de España,
hija del Sol y madre de los incas dorados,
como una fuentecita clara de la montaña,
hoy te encuentro, mi amada de los siglos pasados.

Reconozco en tus ojos los mismos ojos sabios
que guiaron mis pasos en los otros caminos;
los ojos que fundieron la carne de mis labios
en sus fraguas celestes de temblores divinos.

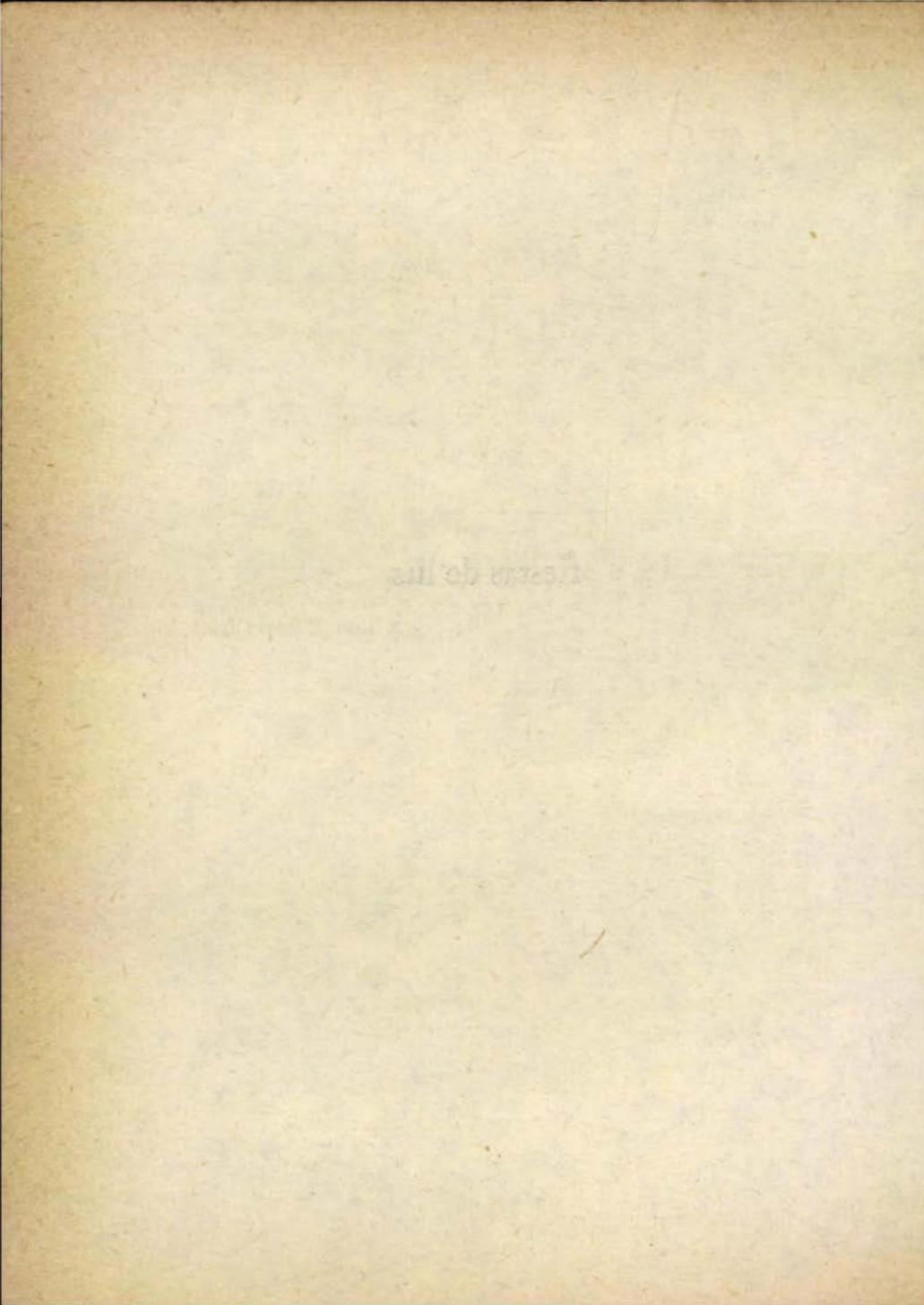
¡Eres tú la Infinita, la Amorosa, la Unica,
la que llega en la pompa real de mil auroras,
la que trae mareas de ensueños en la túnica
y hace danzar el coro de las vírgenes horas!

¡Sea por ti mi verso, —¡Primavera florida!—
Sea por ti mi diana, —¡Oh, clarín matinal!—
y las rosas de sangre del jardín de mi vida,
por ti que eres estrella, alma, sueño, ideal. . . !



fiestas de luz

A José Eulogio Garrido



•

SALUTACION MATINAL

Bienvenida seas, alegre mañana,
solar, amazona de potros dorados,
que hieres la garza de aquella persiana
con tus finos sables adamasquinados.

Bienvenida seas porque en mi ventana
tus cienmil tropeles de potros alados,
tocan la armonía de una rubia diana
con sus rutilantes cascos acerados.

Bienvenida seas, pródiga divina,
porque con tu clara lumbre matutina
me obsequias monedas de ruido orquestal...

¡Líricas monedas que pierdo a millares,
con los luminosos diamantes lunares,
en esta ruleta contraria y brutal!

EL MITO COTIDIANO

Sobre la inmensa y fresca llanura adormilada,
el Sol vuelca sus copas sangrantes de buen vino,
y la llanura finge la recia y colorada
faz grietosa de un viejo borracho campesino.

La campiña, en la clara mañana aurisolada,
parece una esmeralda en cárcel de oro fino.
¡Oh, magna epifanía! ¡La Tierra está enjoyada!
¡La Mañana es la fiesta policroma del trino!

Hay un ritmo salvaje en la estrofa sonora
que vibra con la rubia orquesta de la aurora
en los labios floridos de cada amanecer.

Y un simbólico mito, porque el sol aldeano,
al nacer es un joven y robusto silvano
que a la Tierra persigue como a una mujer!

ALEGORIA BERMEJA

Es un retablo Vésper donde Naturaleza
oficia su cristiano reparto de hostias lilas.
Un sacro cáliz donde van las tardas esquilas
en verdinosas rondas a volcar su tristeza.

El ámbar de sus copos divinos, la Belleza,
como en ágiles rucas, devana en las pupilas.
Las almas son encinas de paz... ¡quietas, tranquilas,
donde un nidial de sueños secretamente reza!

¡Oh, mística hora sexta, claustral hora bendita
que en la pagana carne pones huella de ermita
y hasta en el agua mansa tu "¡pésame Señor!"...

¡Yo he visto que tus bronces, ante el sol que ya no arde,
en un gesto violento maceran a la Tarde
como si fuera el tórax del orbe pecador!

1800-1850

...

...

...

...

otros poemas

UNIVERSITY OF TORONTO

V O Z

A César Vallejo

En el fondo sombrío de callejas como ésta,
donde brilla la flama de un candil funeral,
vibran cuerdas ocultas de una armónica orquesta
que las frota el gran arco retorcido del Mal.

¡Soñador, ten cuidado! ¡Tras de esa esquina asesta
la mirada incisiva del pecado mortal!
¡Soñador, no repares! ¡Reparad la floresta
que rutila en contorno de la magnolia astral!

Saca tu cimitarra, lánzate contra esa
celestinesca flama que empaña la Belleza
con el hollín humoso de la vulgaridad.

¡Empápate en la lumbre de lo desconocido,
y así, goteando estrellas del húmedo vestido,
irás dejando un rastro de luminosidad!

EL CRISTO DE LA SONRISA

A José Vasconcelos

¿No conocéis al dulce Cristo de la sonrisa?
¡Estáis acostumbrados al de la herida honda!
Pero hay un dulce Cristo que paraboliza
en el huerto de Psiquis, bajo la noble fronda.

Tiene barba rizada como bucles de infante,
cabellera de loco, poseída de luz,
y unos labios inunes, de tibio gesto orante,
donde está la sonrisa por la espina y la cruz.

¡Constelación de símbolos, hondas grutas serenas
son los ojos arcanos de este Cristo interior,
al que las humedades de seculares penas
plasmaron la mirada inmortal del amor!

El va con lento paso por las vías ríscosas
de los fieros instintos. Lirios de mansedumbre
van sembrando sus huellas. Sus dos manos radiosas
nos muestran el camino que lleva hacia la cumbre.

Hacia la cumbre excelsa de las claras verdades,
donde el podre y la rosa hallan su extraño nexo;
donde la forma es triste y llena de oquedades,
y el espíritu enciende su lumínar excelso.

Y este Cristo sereno que desprecia retablos,
y que pasa nimbado de humildad y de calma,
sin gárrulas cohortes, sin Pedros y sin Pablos,
es el Cristo sonriente de los huertos del alma.

Conoce a los faunitos de nuestra pobre arcilla,
y los tolera y quiere, porque sabe que son
las corrientes vitales del Amor, la semilla
que sembraron sus labios en nuestro corazón.

¡Exaltad sus doctrinas! ¡Bebed su fresco vino!
¡El ampara toda alma, él vive en toda cosa;
en el hombre, en la estrella, en el bicho mezquino,
y en las tardes de púrpura y en las albas de rosa!

LAS VENTANAS EN LA NOCHE

A José Carlos Mariátegui

¿Os habéis detenido junto a los ojos magos
de la ciudad nocturna?

Ellos son transparentes y recuerdan los lagos
misteriosos, en los que vimos adormirse la luna,
como una blanca infanta dentro su blanca cuna,
al compás de las aguas de canción taciturna.

¿Os habéis detenido a escrutar con fijeza
las ventanas del negro templo de la pobreza?

¡Ellas lanzan su grito
penetrante y oscuro,
como un dardo seguro
rumbo del infinito!

¡Y al huir en el cielo las princesas celestes,
con sus joyas de cuento, con sus aladas vestes,
ante una cabalgata de nubes cenicientas,
es que gritan, abajo, las ventanas hambrientas!

¿Os habéis detenido junto al vasto y sonoro
templo cuyas ventanas fingen monedas de oro?
¡Esas son luminosas!...
¡Esas dan al jardín!...
¡Las perfuman las rosas!...
¡Las halaga el violín!...

Pero, también, a veces, detrás de sus vitrales,
hay acechantes shyloks cuya presencia arredra;
fieros pastoreantes de cajas de caudales
en los que la codicia va encrespando su yedra!

¿Y las otras, piadosas, idílicas ventanas,
que aún proyectan consuelo en las almas humanas;
que surgen al acaso,
sabe Dios el por qué,
y nos brindan el vaso
del amor y la fe?

¡Ventanas adormidas de las calles desiertas!
¡Ventanas en vigilia! ¡Ventanas olvidadas
que oyeron nuestros pasos en otras madrugadas
cuando aún sonreían las pobres novias muertas!

¿Y la de la Bohemia? Altísimo baluarte
abierto a los celestes panoramas del Arte.
Antena fina y apta
que avanza y que vigila;
nervio azul o pupila
que se estremece y capta
la armonía del Todo. ¡La Harmonía Suprema!
¡Ventana que en el seno de la noche blasfema
se abre como una roja, maravillosa herida,
y en sangre hecha de verso, color, idea pura,
transforma esta oscura
dádiva de la vida!

¡Ventanas espantosas de brujos manicomios,
en cuyos verdinosos cristales afiebrados,
los dedos de la luna, siniestros y enjoyados,
inscribieron equívocos, absurdos polinomios!

¡Ventanas de hospitales, bocas de abracadabra,
donde la carne juega sus penúltimos roles;
donde, —pájaro herido,— húyese la palabra,
en avatares nuevos, hacia lejanos soles!

¡Ventanas del presidio! ¡Redondas bartolinas
que miran hacia dentro con dolidia ternura!
¡A veces, el milagro de libres golondrinas
hace llorar los ojos de alguna criatura!

Ventanas del convento, que dicen la tragedia
de sexuales ayunos. ¡Tragedia bien sombría!
Por ellas sale un vaho místico de Edad Media,
y un no sé qué de Kempis y de tercero día...

¡Ventanas espectrales
de ruinosas ermitas y viejas catedrales!
¡Adentro, en los copones de lámparas sagradas,
ante los blondos Cristos de carnes maceradas,
en una espeluznante complicación de dúos,
festinan el aceite sacerdotales búhos!

Ventanas sospechosas. Ojos de celestina.
¡Una Venus menguada se ofrece al transeúnte!...
¡Oh, dolor de la carne! ¡Oh, formidable apunte
que integra el somnolento celador de la esquina!

Ventanillas miedosas de escondidos garitos;
ojos nerviosos, vagos, hondos, semivelados,
que dicen de nefandos, calculadores ritos,
entre la indiferencia de ruletas y dados!

¡Estas son las ventanas! ¡Doloroso espectáculo
para los que buscamos sabor de humanidad!
¡En casi todas ellas se adivina el tentáculo
de algún negro demonio: Hambre, Sensualidad!

Yo me he acercado a ellas como a un tabernáculo,
cariñoso, intuido de religiosidad,
y en mi verso he llevado, como en florido báculo,
un poco de consuelo y de fraternidad.

¡Hombres! ¡Vuestras ventanas ocultan fieras larvas!
¡Instintos y pasiones levantan rojas parvas
aptas a la centella incendiaria y feroz!

¡Recordad las abyectas, corroídas ciudades,
que entre el panorama de bíblicas edades
fulminara la ira justiciera de Dios!

LA CANCION VIGOROSA

A Víctor Raúl Haya de la Torre

De cara a los soles futuros,
teniendo por fondo un tumulto
de hornos y fraguas, de grúas y usinas,
levantas, obrero de todas las fábricas,
tu cuerpo armonioso donde las musculaturas
entonan los himnos viriles,
rotundos, caldeados, chispeantes,
los himnos que nunca dijeron
las liras orféricas,
ni las cortesanas gargantas
de febles bizancios!

De cara a los soles futuros,
de frente a destinos mejores,
desnudos los torsos, oscuras las sienes,
mordiendo las bridas de las injusticias,

avanzas, oh héroe anónimo de las epopeyas
más grandes,
blandiendo tu puño calloso,
paciente, esforzado,
tu puño que plasma de aurora en aurora,
en infatigable labor constructiva,
todos los prodigios, todos los milagros
que van pregonando
los genios heráldicos del Arte y la Ciencia!

De cara a los soles futuros,
jadeante, magnífico,
alumbrado por fuegos siderúrgicos,
orquestando en bigornias y en fraguas
el metálico son del trabajo,
perfilas tu ruda presencia
de Cíclope. Tu ruda presencia
tal vez arrancada del bloque más duro
de Dios. Tu ruda presencia
que se hunde en los siglos, llevando
el barreno templado
de la Voluntad!

De cara a los soles futuros,
—el pecho un troquel jadeante,
el brazo una maza fornida,
el torso un poema del músculo,

dolido, ardoroso, sereno,—
oh, anónimo hermano que buscas sediento
la orilla jordánica de un nuevo evangelio,
y en forjas y en fraguas secretas,
con bronces y aceros de fe silenciosa
preparas la recia palanca que un día
ha de liberarnos de las injusticias,
de las satrapías y las corrupciones,
deja que a tu paso te cante los versos
de mi enardecida
canción vigorosa!

TRIPTOLEMUS

A José de Azpilicueta

¡Se confabularon las aguas,
se confabularon los rayos,
se confabularon los vientos! . . .
¡Insinuó su mellada guadaña la escasez,
y en espasmos de peste
los fuertes bueyes triptolémicos
rodaron vertiginosamente a la hondonada!

Tú, sembrador de puño obscuro,
diste a los compañeros de ojos mansos
la despedida de unas lágrimas
y el bárbaro responso
de un espeluznante crujido de tus maxilares.
Después, junto al can humilde y esquelético,
miraste largamente las evoluciones
de unas aves venidas de muy lejos
en perspectiva de un pantagruélico festín!

Las mirabas, hombre de tez dura,
de un modo interrogativo y húmedo
como suele mirar el can;
pero tus miradas no eran mansas; ¡no!
¡Tus miradas eran como dos himnos oscuros,
como dos chispas de plutónicas fraguas,
como dos alaridos blasfemos
contra la Naturaleza! . . .

Pero, la Naturaleza,
que en su vientre forja voluntades secretas,
que sabe del milagro de tornar en frutos de oro
la arcilla deplorable de las cosas sin vida,
la Naturaleza amparadora y madre,
tiene vuelcos extraños, malabares piruetas,
volatines desconcertantes,
que a nuestro egoísmo utilitario
hace protestar y blasfemar!
Es entonces cuando desencadena todos sus elementos
en una devastadora actitud de horda;
cuando, en su vientre prolífico,
el acero zigzagueante de algún rayo,
abre heridas profundas
tal como
en un apocalíptico *hara-kiry!*
Es entonces cuando el agua de las lluvias
humedece y enferma;

cuando el gran lobo del viento emprende a dentelladas
contra los nobles troncos y las blancas ovejas;
cuando, en un paradójico contubernio,
confúndese el agua azul del río con la negra del charco,
y en comunión violenta son ya la misma cosa
la flor, la espiga, el fruto y la tierra y el lodo.
El gusano es heraldo de la vida futura,
y el gran lomo del surco que se quiebra y se ondula,
espera ansiosamente, en fecundas auroras,
la masculina caricia de la esteva
y el musculoso beso del centauro solar!

¡Oh, sabia madre fuerte!
¡Hembra que sabes confundir
en tu vientre de rítmica palpitación,
las fugaces cifras de las horas,
los esfuerzos de los organismos menores,
los cuerpos pálidos de los muertos,
la muda y lenta evolución de cuarzos y carbones,
los esqueletos extenuados de los viejos troncos
para dar, a la luz de cada día,
un copioso parto de energía y de luz!

¡Tú, en tu crisol materno
en tu ovario potente,
en tu interior maravilloso y alquimista,
cumples el sabio principio de las transformaciones,
permutas los valores,
remozas lo caduco,
plasmas, en fiebre loca, maravillosas formas,
y haces cantar a la materia pobre
los más violentos, los más heroicos,
los más sonoros epinicios de
ETERNIDAD!

LA GRAN DANZA EN LA MAYOR

A Essquerriloff

¡Oh, cuánto habéis peregrinado
desde el principio de todos los principios,
y cuánto aún habéis de peregrinar
en vuestras sagitales trayectorias de eternidad!

¡Ala, flecha, alarido o atómica partícula
hecha hombre un instante! . . .
¡Vibrátil melodía humanizada
gota de vino del primer racimo,
polvo celeste que marcháis cantando
los epitalamios iguales y distintos
de Dios!

¡Oh, embriaguez de la conciencia misma!
¡Clarividente embriaguez paradoxal!
¿Las bridas superiores os detienen
ante el abismo o ante la fontana
del Conocimiento?

¡No importa!
Claváis vuestros másculos resuellos
y olfateáis siquiera lo Ulterior...

Después...
Después la danza báquica
y meridiana de la Vida.
Y el resolverse todo en Alegría.
El Dolor, la Muerte misma,
son las más inauditas alegrías.

Dios toca eternamente su pandero,
(cascabel, caramillo si queréis,) y nos hace danzar días y días
hasta que danzamos la DANZA EN LA MAYOR.

¡Y mientras tanto las frutas que maduran!
¡La miel hirviendo en el rosado vaso!
¡La energía del mundo que se acoge
al zenit musculoso de la carne!
¡Y Luz, foco de Luz, incendio de Luz
en el sensorio deletreador!

Por último, siluetas, perfiles, nebulosas,
pero siempre LA GRAN DANZA EN LA MAYOR.

BLASON LIRICO

A Alcides Spelucín

I

*Alcides: me figuro que fuiste un dios marino:
reconociste de los mares el tesoro,
y oíste que los viejos tritones en un coro
erótico loaban el triunfo masculino.*

*Te dieron las Sirenas un ósculo divino
en donde florecían las perlas de su lloro;
y, en tus exaltaciones, el caracol sonoro
hiciste confidente de un sueño peregrino.*

*Te vieron los Delfines, en éxtasis ferviente,
llevando entre las manos crispadas el tridente
y sobre la cabeza brillantes aureolas;*

*Y en torno de tu carro, con sobrenaturales
encantos, cual un vuelo de ritmos aurorales,
oíste al armonioso murmullo de las olas.*

II

*Hoy eres un valiente y estático argonauta
que bogas por el piélago de las meditaciones,
buscando en el silencio de tus observaciones
de todas tus acciones los ritmos y la pauta.*

*Consultas a tu espíritu para tomar la rauta;
Jasón, el más sereno de todos los Jasones,
sobre la angustia pones floridas ilusiones
y riegas en tu esquiße las notas de una flauta.*

*Las costas de Amatunte, Cyteres y de Pharos;
de Chipre, de Zacinto, de Ophir los claros faros,
dejaron inefable recuerdo en tu memoria;*

*Y sigue navegando tu esquiße matutino,
sabiendo que la tarde que llegue a su destino
conocerán sus anclas el puerto de la Gloria.*

ENRIQUE ZERPA

La Habana, 1922

NOTA DEL AUTOR

El libro de la nave dorada fue escrito, casi totalmente, en el seno de la Isla de Cuba, donde el autor vivió días esforzados y gozosos. Enamorado de su gran sol tropical, intentó llevar a su verso una vibración siquiera de tan alta maravilla luminica. Si en parte ha logrado su fabuloso anhelo, ¡Gloria plena a los dioses que le dispensaron tal gracia, y, sobre todo, a la incomparable isla de oro que supo acoger, con una dulce suavidad materna, las palpitations de esta ilusionada y mortal criatura estética! Amén.

INDICE

Palabras prologales

V

EL LIBRO DE LA NAVE DORADA

Los barcos de la tarde	29
La barca rosa	31
Caracol bermejo	33
Las radas al crepúsculo	34
La canción de la rada inhallable	36
El salmo de los puertos	38
Elegía de la "Musardina"	40
La otra barca	41
Oro final	43
Aguasfuertes portuarias	45
En bruma	45
En oro	46
En púrpura	47
En negro	48
Carbón marino	49
Baltic Bar	50

EL LIBRO DE LAS AGUASFUERTES

Fantasia de sábado	55
En blanco de Luna	56
Ocre y negro	57
Al flanco de la Noche	58
Al seno de la Noche	59
El don obscuro	60
El poema de las horas	61
La hora increíble	61
La hora de la desolación	62
La hora penúltima	63
El poema de las obsesiones	64
La obsesión de la carne de Eva	64
La obsesión del búho de Palas	65



LA DULCE VOZ

Plegaria de amor	69
Plegaria de gracia	70
No te llevéis al niño...	71
Por esta dulce hermana...	72
¡Oh, dulce y tierno ayer!	73
El volatín adorable	74
Viñeta antigua	74
River Side	76
El madrigal absoluto	77
El soneto de la esperanza	78
El soneto funámbulo	79
El poema del amor esperanzado	80

FIESTAS DE LUZ

Salutación matinal	89
El mito cotidiano	90
Alegoría bermeja	91

OTROS POEMAS

Voz	95
El Cristo de la sonrisa	96
Las ventanas en la noche	98
La canción vigorosa	103
Triptolemus	106
La gran danza en La Mayor	110
<i>Blasón lírico de Enrique Zerpa</i>	112
Nota del autor	114

ALCIDES SPELUCIN

(Trujillo 1897 - Bahía Blanca, Argentina 1976)

Miembro del grupo "El Norte" de Trujillo; colaboró con Antenor Orrego en la fundación y dirección del periódico del mismo nombre. Desterrado por razones políticas viajó por Ecuador, Panamá, Centro América y Estados Unidos. Residió muchos años en Argentina donde ejerció la docencia universitaria. En 1926 publicó su único poemario *El libro de la nave dorada*. Textos de un segundo libro, *Las paralelas sedientas*, se publicaron en distintas revistas.

"En la lírica hispanoamericana constituye la poesía de Spelucín una nota característica y típica, por su fuerza creadora, por su vuelo emocional y efusivo, por su miraje nuevo y auténticamente original de las cosas.

Tiene del parnasiano el amor acendrado de la línea, del color y de la luz; y tiene del lírico el pasmo y estremecimiento dionisiacos.

El gran protagonista de esta poesía es el mar; el mar tropical, ardiente, luminoso y alucinado. Mejor dicho, el mar es la metaforización de este lirismo deslumbrante como un saetazo de luz".